



*El
Hisopo
que Nace
en la
Pared*

George H. Warnock

**“TE RUEGO QUE ME MUESTRES TU CAMINO,
PARA QUE TE CONOZCA..”**

(Éxodo 33:13).

**“SUS CAMINOS NOTIFICÓ A MOISÉS,
Y A LOS HIJOS DE ISRAEL SUS OBRAS”**

(Salmo 103:7).

George H. Warnock

*“El Hisopo
que Nace en la Pared”*



Una Lección en los Caminos de Dios

Título original: “The hyssop that springeth out of the wall.”

Traducción: Ramón Antonio Trillos Páez

Diseño Carátula: Osvaldo Lara

Diagramación: Martha Cecilia Jaramillo Rincón

Colombia Para Cristo

E-Mail: contacto@fuerzadepaz.com

Santafé de Bogotá

Septiembre de 2006

Impreso en Colombia.

EL HISOPO ... que nace en la pared



Hoy es sábado 8 de mayo de 1982. Es mi día libre... por lo cual busco planificar las cosas de algún modo, con el fin de llevar a buen término todo lo que tengo que hacer. Es tiempo de primavera... y el huerto tiene que cultivarse cuanto antes. La primavera comienza tarde aquí en Canadá, al menos donde yo vivo; y si vamos a aprovechar los cortos veranos, tenemos que ser diligentes cuando el tiempo es favorable. Hoy, hay nieve fresca en el suelo, pero no es mucha y se derretirá pronto; y esto significa que hoy puedo trabajar en el taller. Soy carpintero y tengo un montón de tablas de cedro cortadas, lijadas y listas para el ensamblaje. Tenemos cuatro hijas y tres hijos; y para cada una de mis hijas mayores he hecho un cofre de cedro. Nuestra hija menor está para recibir su grado

en la escuela secundaria, y se rumora que está esperando su cofre de cedro. Así que trabajaré hoy en esto, y en las pocas horas que pueda escamotear por acá y por allá, lo tendrá listo para el día de su graduación.

Tengo un buen taller; el fuego está encendido, y estoy casi listo para empezar. En estas regiones sigue haciendo frío hasta bien entrado el mes de mayo, encumbrados como estamos en las escabrosas y nevadas montañas de la Columbia británica del sur. Bellísimo país... una tierra llena de arroyos y de corrientes que fluyen... en muchas de las cuales usted puede simplemente agacharse y beber siempre que lo desee, sin temor a la polución. Hay hermosas montañas cubiertas por toda clase de árboles: altos y majestuosos cedros, pinos esbeltos y alerces (comúnmente llamados tamarack por los nativos). Hay ricas tierras de pastura y fértiles valles. Pero la mayor parte del terreno es muy escarpado y montañoso – y cuando usted conduce por las zonas desérticas y se encuentra con alguna ruínosa cabaña de troncos, no puede dejar de admirar el recio espíritu aventurero de los primeros colonos que prefirieron establecerse en regiones tan desafiantes, y emprender la tarea de ganar su sustento de esta tierra. De alguna manera, usted no puede menos que sentir que ellos lo tuvieron mejor que nosotros, a pesar de las penalidades que tuvieron que soportar. Atrapados como estamos en la vorágine de esta vida civilizada, tal como la conocemos, donde todo lo que usted conoce es la rutina del deber en los engranajes de la industria... como dientes de una máquina loca, nos hace girar sin descán-

so... para un propósito que usted desconoce. Pero, aparentemente, todo esto es necesarísimo y sumamente importante... y el éxito suyo está determinado de antemano en términos de cuál es el tamaño del diente que usted puede llegar a ser, y del tamaño del engranaje. Como cristianos, tenemos que estar siempre alerta por el hecho que estamos “en este mundo,” pero no estamos destinados a ser parte de él.

Así que hoy tengo mis planes. El fuego está encendido y terminaré o, al menos, haré una buena parte de este cofre de cedro que tengo que elaborar. Pero, no parecía que pudiera hacer esto.

El domingo anterior, ministré un poco en nuestra confraternidad sobre el tema del *“hisopo que nace en la pared,”* y, posteriormente, me sentí inclinado a imprimirlo. Tal vez pueda comenzar esta tarde. Quizá, pueda destinar unas pocas horas cada semana para eso y tenerlo listo para la impresión a principios del verano. Así que emprenderé mi tarea de carpintería. Pero, cuando ando por mi taller, no tengo sosiego.

Muchas veces he descubierto que la voluntad de Dios es tan sencilla como esto. Creo que nuestro problema principal con la voluntad de Dios, es la idea que tenemos que Dios sólo le presta atención a los sucesos grandes e importantes... y que pertenece a nosotros inquietarnos y esforzarnos en cuanto a todo lo demás. Tenemos que llegar al punto donde la voluntad de Dios sea como el aire que respiramos... y esto ocurre naturalmente cuando deseamos servirle a Él y obedecer la suave y tenue voz de

Su Espíritu. Y así, regreso a la casa y me siento ante la máquina de escribir.

Por lo general, nos referimos a nosotros mismos como una “confraternidad,” porque apenas somos un puñado de personas a las que el Señor ha unido para algún propósito que tenga sentido. No estamos tratando de “edificar” algo en particular, porque hemos aprendido que Cristo está edificando Su Iglesia y que, a menos que Él edifique la casa, trabajan en vano los que la edifican. En verdad, tenemos una gran carga en nuestro corazón acerca del pueblo de Dios y anticipamos con ahínco el día en que todos los miembros del Cuerpo estén adecuada y conjuntamente unidos y ligados en el Espíritu, y sean fortalecidos para que cumplan su papel de un modo muy significativo en la edificación del Cuerpo. Continuamente hacemos hincapié en el hecho que si ha de haber verdadera “confraternidad,” entonces, debe haber un interés mutuo, una coparticipación mutua de los unos para con los otros, y un “recibir” mutuo de los unos hacia los otros.

Al decir esto, no nos estamos refiriendo a que cada uno dé su pequeño sermón cada vez que nos congreguemos. Esto no es confraternidad. Lo es la coparticipación que está implícita en la comunión del verdadero Nuevo Testamento, es compartir con el otro de lo que Dios ha compartido con nosotros. Y por tanto, nos refrenamos de hablar, hasta cierto punto, si Dios no está hablando... y nos refrenamos de “hacer algo,” si Dios no lo está haciendo. Al mismo tiempo, buscamos mantener un equilibrio en nuestra enseñanza, no sea que algunos que tengan algo del Señor, puedan dudar en compartirlo,

porque sienten que no están completamente seguros que aquello sea o no, verdaderamente del Señor. No llevaríamos a nadie a esta clase de esclavitud. Declaramos que ninguno de nosotros ha entrado todavía, en ningún grado de plenitud, en el verdadero monte de la herencia del Señor. Todavía vemos a través de un vidrio oscuro. Todavía quedan muchas zonas donde nosotros suspiramos por una claridad de visión y por un entendimiento más grandes en los caminos del Señor, para que pueda fluir una muy positiva y segura Palabra de Sus labios. Y, sin embargo, a pesar de nuestra carencia de entendimiento, y a pesar de nuestra debilidad, nos regocijamos siempre que alguien –en forma vacilante tal vez– desnuda su corazón en lo concierne a algo que Dios ha estado tratando con él o con ella... a algún camino del Señor que es nuevo para ellos... a alguna Palabra del Señor que ha llegado a significar mucho para ellos, y por el hecho que es de gran importancia para ellos, y que tienen el valor de compartirla con los demás, entonces significa también mucho para nosotros. Porque hemos descubierto algo de lo que Pablo quiere decir cuando afirmó:

“Que la comunicación de tu fe sea eficaz, para conocimiento de todo el bien que está en vosotros, por Cristo Jesús” (Filemón 6).

Parece que la idea es “que cuando nosotros tenemos verdadera confraternidad en el Espíritu, estamos ayudando a llevarnos los unos a los otros a una apreciación y a un entendimiento más profundos de las riquezas de Su gracia y de Su bendición.” La confraternidad, por tanto, puede cumplir los pro-

pósitos de Dios en la vida del creyente de tal manera que ninguna cantidad de degustación de sermones ni de asistencia a la iglesia pueden conseguir; porque en la confraternidad hay una coparticipación de los unos con los otros en los Caminos del Señor, enriqueciéndonos así con un entendimiento profundo de la Verdad, y con una más significativa apropiación de la Vida. Porque no olvidemos nunca que Jesús quiere que conozcamos a Aquel que es el CAMINO, y la VERDAD, y la VIDA.

El cedro... y el hisopo

“También disertó (*Salomón*) de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared” (1 Reyes 4:33).

Durante muchos años he citado este pasaje, o me he referido a él, con relación a la sabiduría que Dios le dio a Salomón. Pero, fue justamente la semana pasada cuando me pareció que comprendía todo el impacto de lo que él dijo. El hombre a quien Dios había dado tanta sabiduría, tenía un conocimiento que sobrepasaba al que podía conseguirse por medio del aprendizaje natural, por lo cual él podía ver el designio y el propósito en lo que Dios había creado. En el principio, Dios había dado este entendimiento al hombre... pero éste lo perdió pronto por su propia perversidad, todo lo cual podía atribuirse a un corazón “desagradecido.” (Ver Romanos 1:21). Pero a Salomón, Dios le había dado gran sabiduría y entendimiento, y él podía escribir con intención y significado en lo referente a la creación de Dios. Además, él escribió muchos cánticos –1005

en total— solamente uno está en las Sagradas Escrituras: el *Cantar de los Cantares*.

Los escritos de Salomón iban “*desde el cedro... hasta el hisopo.*” Aquí tenemos un indicio de la naturaleza del hisopo, pues él está hablando sobre dos extremos. El cedro era algo magnífico, y en todas las Escrituras los cedros del Líbano simbolizan: poderío, majestad, grandeza y utilidad para una casa, para un templo, para el mobiliario. Se habla de los reyes y de los grandes de la tierra como de cedros del Líbano. El gran Templo de Salomón fue construido con este material, cortado en las montañas por los obreros forestales de Tiro y enviado hasta el sitio del Templo. En tablas de cedro se esculpieron coluquintidas y flores. Algunos de los muebles fueron hechos de cedro y recubiertos con oro. Pero, ¿qué valor tenía el hisopo? Sólo servía para un propósito.

“No seáis altivos”

Podemos comprender cómo un hombre dotado de sabiduría escriba sobre cosas grandes y elevadas; pero Dios nos mostrará cómo los hombres sabios también se interesan por las cosas pequeñas. Esto nos recuerda la amonestación de Pablo:

“...no altivos, mas acomodándoos a los humildes” (Romanos 12:16).

En las Escrituras se hacen muchas referencias al cedro y al hisopo; pero en tanto que el cedro habla de altura, de honor y de gloria, el hisopo siempre está relacionado con el sacrificio... y, por tanto, con la humildad, con la debilidad, con la contrición

del corazón. De otra parte, yo no sabía nada sobre esta planta en sí. Pero, después de haber sido impresionado para ministrar sobre el “hisopo” en lo referente a la debilidad y al sacrificio que le son característicos, sentí que debía ponerlo por escrito y, desde entonces, he encontrado referencias al hisopo en muchos libros. Encontré que el hisopo crece en lugares secos, a pleno sol. Se adapta particularmente a los lugares rocosos, y de esta circunstancia puede inferirse el sentido de la frase que “*nace en la pared*” – quizá, en la pared de una terraza rocosa. Crece poco, unos 60 centímetros. Es oriundo de Egipto. Tiene tallos fuertes, parecidos a un alambre, con manojos de flores y de hojas. Produce pequeñas flores de color morado azulado, que tienen una suave fragancia. Es una hierba amarga, perteneciente a la familia de las mentas, y alguna vez se usó con propósitos medicinales. Parece que crece abundantemente en Egipto, porque en la noche de la Pascua fue conseguido fácilmente por todas las familias hebreas, que lo usarían para rociar la sangre. En el orden levítico, se usó para varios propósitos del sacrificio y, por tanto, debe haber crecido extensamente en el desierto. Siempre se le asocia con el “sacrificio”... de tal modo que también se hace mención del humilde “hisopo” en el Calvario, cuando se ofreció el Sacrificio Supremo.

Salomón, un hombre grande y sabio, se sintió inclinado a escribir sobre el débil e insignificante “hisopo.” Los grandes hombres son siempre lo suficientemente pequeños como para notar las cosas pequeñas. Ellos se interesan por el débil. Jesús se detenía incluso ante el grito de un mendigo ciego.

La verdadera grandeza se manifiesta en los campos de la mansedumbre, de la misericordia, de la compasión y del perdón. El mundo cree que un hombre manso es un hombre débil. Pero Dios considera que el manso es el fuerte. Los mansos heredarán la tierra porque, en su mansedumbre y debilidad, su confianza no está puesta en ellos mismos sino en Otro. El débil debe tomar una actitud defensiva; pero el fuerte está preparado para dejar que la Verdad se defienda por sí sola. Así, cuando los débiles toman posiciones de poder y autoridad, como ocurre con frecuencia, deben valerse de ese poder y de esa autoridad para reforzar su insuficiencia. Los mansos son fuertes, porque ellos están preparados para dejar su causa en las manos de Dios, que es el que juzga rectamente.

Cuando ministraba sobre el hisopo, no podía dejar de pensar en nuestra propia y pequeña fraternidad. Ella parece ser tan frágil. ¿Qué es lo que nos mantiene congregados semana tras semana? Apenas somos un puñado... pero viajamos 50, 80, 100, ó 160 kilómetros por semana, sólo para reunirnos con un grupito de personas en la casa de alguien. Pero cuando usted llega a conocer los caminos de Dios, ¿qué importa si hay allí 20, ó 30, ó 1.000 personas? Dios puede valerse de 20 personas, lo mismo que de 2.000... Dios puede valerse de 1 solo, lo mismo que de 10.000. Realmente no importa el número siempre y cuando seamos fieles, y siempre y cuando Dios nos esté guiando en el camino. Pero, ¡qué extraño les puede parecer esto a quienes no han conocido los caminos de Dios!

¿Cuánto tiempo seguiremos congregándonos de esta manera? No lo sabemos con certeza, porque no tenemos planes propios para cumplir. Y recordamos que una vez cumplido su propósito, iel precioso “hisopo” era desechado! Precioso como era ante los ojos del Señor, era hecho para el sacrificio. Y todo sacrificio que deleita el corazón de Dios, requiere de él. Por tanto, Dios lo ha puesto al alcance de todos. Crece ahí, a nuestros pies, apreciado muy poco por la mayoría... pero dispuesto por el Señor para el sacrificio... para determinada clase de sacrificio: el sacrificio de un espíritu quebrantado y de un corazón contrito. No es algo que esté más allá de nuestro alcance. Los ancianos de Israel no tenían dificultad para encontrarlo... pues, al parecer, estaba justamente afuera de sus puertas; y cuando la sangre tuvo que ser rociada en los postes de las puertas, el hisopo se consiguió rápidamente. Cuando se ofreció el último Cordero Pascual, el hisopo estuvo allí también, y se consiguió prontamente. Cuando Jesús exclamó: “*Tengo sed,*” un soldado hizo un manojo de hisopo y lo alzó hasta la boca de Jesús con una esponja empapada en vino vinagroso. Él debió usar el hisopo para que se cumplieran las Escrituras, ipues Dios también lo había provisto en el Monte del Calvario! Después fue desechado... pues había cumplido su propósito.

Pero, ¿qué desperdicio? Y, ¿qué finalidad tenía tal desperdicio?

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su madero, y sígame. Porque cualquiera que quisiere salvar su vida, la perderá, y cual-

quiera que perdiera su vida por causa de mí, la hallará” (Mateo 16:24-25).

Jesús crucificado en debilidad ... pero “vive por el poder de Dios”

¡Qué hedor debe haber llenado la atmósfera cuando la sangre se derramaba libremente desde los altares de los judíos, y la carne de los bueyes y de las cabras era consumida sobre el altar del Holocausto! Pero Dios dijo que el ofrecimiento en el Altar del Holocausto sería para Él como un “*olor fragante*.” ¡Qué hedor el que habrá llegado a las narices de los hombres cuando ven al Hijo de Dios padeciendo la muerte de un criminal en la cima del Calvario! Pero ese día, Dios miró hacia abajo y olió un “*olor fragante*” de esta única ofrenda encendida que deleitó realmente Su corazón. Y la única razón por la cual Él olió un “*olor fragante*” en las ofrendas anteriores, fue porque Dios estaba anticipando el Día en que Su propio Hijo llegaría a ser el solo y único Sacrificio que acabaría con el sacrificio y pondría fin al pecado. Porque éste era el verdadero Cordero de Dios que quitaría los pecados del mundo. El hisopo es un humilde arbusto; y Dios debe inclinarse para oler el incienso del Calvario. Y después del Calvario, los grandes hombres han encontrado la gracia ante Sus ojos para que se humillen y se inclinen con el fin que ellos también puedan participar de ese mismo incienso.

La debilidad y la locura de Dios

“Pero nosotros predicamos a Cristo colgado en el madero, que es a los judíos ciertamente tropezadero, y a los gentiles locura; pero a los lla-

mados, así judíos como griegos, Cristo es potencia de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:23-24).

Así es Él para aquellos que creen. Pero para aquellos que no creen, parece que Dios hace algunas cosas muy tontas, y pone de manifiesto mucha debilidad para ser Aquel de quien se supone que ha creado todo un Universo. Sin embargo, es en estas mismas cosas en las que Dios se complace en revelar Su gloria y Su sabiduría, para contrariar la sabiduría de los sabios y para frustrar los designios de los hombres. Por tanto, en medio de la apostasía de la cristiandad actual, de la hipocresía y de la artificialidad de la religión de estos tiempos, nosotros, los que conocemos algo de los caminos de Dios, podemos regocijarnos por el hecho que es justamente de acuerdo con la manera de ser de Dios que en los tiempos actuales Él puede estar listo a rasgar los cielos y bajar con poder y gran gloria... de tal manera que parezca algo extraño y loco a los ojos del mundo. Confiamos en que las tinieblas y la oscuridad que nos rodean se conviertan, una vez más, en el fondo adecuado para el lucimiento de las gemas de Su gloria.

Alguna buena gente cristiana está tratando de arreglar el escenario para que Dios actúe, pero Dios tiene que eludir siempre estos esfuerzos, porque Él tiene preparado el escenario en el cual se revelará a Sus hijos que están moviéndose en Armonía con Su voluntad. Porque es compatible con el carácter, y con el modo de actuar de Dios, y con el Celo de Su Gloria, que cuanto más grande sea la obra que Él lleva a cabo en la Tierra – más grande será la

medida de la debilidad y de la locura que Él hará ver al mundo incrédulo.

Un arca de madera de cedro para Noé

Dios le dijo a Noé que preparara un arca para la salvación de su casa; y por este acto, Noé condenó al mundo y llegó a ser heredero de la justicia que es por la fe. Dios podía haberlo guiado para que se marchara junto con su familia al pico de algún monte secreto, y mantenerlos allí... controlando las aguas del diluvio para que no llegaran a tal altura. Pero, en lugar de eso, le dio instrucciones para la preparación del arca, confundiendo a los sabios de su tiempo, y confundiendo a los sabios de todas las edades que, desde entonces, continúan haciendo escarnio de esta historia, como si ella fuera un mero cuento de hadas.

Científicamente, parecería casi imposible alojar tantos animales, y almacenar alimento suficiente para sostenerlos durante tanto tiempo. Por supuesto, ellos no se dan cuenta que Dios bien puede haber realizado diez mil milagros para llevar a cabo un trabajo semejante. Una brazada de heno podría haber alimentado a todos los herbívoros de esa barca durante todo un año. Una jarra de grano podría haber alimentado a Noé y a toda su familia durante un año, o diez años, si fuera necesario. Pero, de una manera o de otra, Dios no nos dice nada sobre todo esto. Los hombres de fe siguen creyendo esta historia, porque ellos saben que el Dios que protegió a Noé y a su familia, era el Dios de nuestro Señor Jesucristo, quien alimentó a cinco mil con un mero puñado de pan y de pescado, y que nos

enseñó de palabra y de obra que Su Dios es nuestro Dios, y el Dios de lo imposible.

Un Salvador para Egipto

Consideremos al hombre llamado José, destinado por el Señor para preservar la vida en la tierra en el día del hambre. Pero Dios, deliberadamente, permitió que él fuera vendido como esclavo en Egipto. Sus hermanos hicieron un intento deliberado por frustrar los sueños que él tenía. Cuando Dios habla, y sabemos que es Dios, cómo nos tranquiliza saber que todo lo que el hombre puede hacer para impedir lo que Dios ha declarado... Dios Mismo entretejerá cuidadosamente las malas intenciones de los hombres en el patrón de Su propósito; y, literalmente, se valdrá de los malos designios de los hombres para llevar a cabo lo que Él ha declarado.

Un Libertador para Israel

Consideremos a Israel en su esclavitud. El mismo Dios que arregló el escenario para la preservación de Su pueblo en Egipto en la época del hambre, debe ahora arreglar el escenario para su liberación, unos cuatrocientos años después. Esta vez, los propósitos de Dios estaban encubiertos en un niño llamado Moisés. Sin embargo, he aquí la “debilidad” y la “locura” de los caminos de Dios. ¡Él puso en el corazón de Amram y de Jocabed que hicieran una frágil arquilla de endebles juncos y la dejaran al garete en los remolinos del Nilo! ¡Qué locura! Y, sin embargo, ¡qué majestuosa sabiduría! Porque Dios lo tenía todo arreglado: Moisés, el gran Libertador, iba a ser criado en la casa del Faraón; y a la madre de Moisés, proveniente de una muy po-

bre y esclavizada familia, se le pagaría un sueldo por alimentar a su propio hijo. Y así, el ÚNICO NIÑO en todo Israel sobre quien descansaban los propósitos especiales de Dios, sería criado bajo la protección del poder de Egipto... en tanto que, al mismo tiempo, toda la ira del Faraón caía sobre la pequeña y cautiva nación, y los hijos varones de Israel estaban siendo condenados a muerte.

Un ejército mutilado contra los cananeos

Consideremos la segunda generación de Israel, después del Éxodo. Dios llevaría un pueblo, inexperto en el arte de la guerra, a una tierra que estaba habitada por enemigos poderosos, a quienes desalojaría. Pero débil como era Israel, Dios debilitaría aún más a la nación, y no mientras ellos estuvieron en relativa seguridad en la margen oriental del Jordán, sino después que habían cruzado el río y acampado justamente en frente de Jericó. Dios mandó que todos los jóvenes de la nación fueran circuncidados. Y todos al mismo tiempo. Así, todos los ejércitos de Israel, débiles como eran, estuvieron por un tiempo completamente incapacitados y expuestos totalmente a los enemigos de la tierra. ¿Con qué resultado? El temor del Señor se apoderó de los habitantes de Jericó, y ellos cerraron y atrancaron las puertas por temor al Dios hacedor de milagros de Israel.

De nuevo, consideremos sus tácticas de combate. Los sacerdotes, vestidos de blanco y llevando una pequeña caja cubierta de oro, y tocando las trompetas... marchaban todos los días en torno a la ciudad de Jericó... y, al séptimo día lo hicieron siete

veces. ¿Locura? Pero Dios se valió de esta clase de locura y de debilidad para aterrorizar al enemigo y hacer que cayeran llanas las murallas de Jericó.

Un pan de cebada contra los madianitas

Consideremos al hombre llamado Gedeón. Israel había sido oprimido por los madianitas durante mucho tiempo. Todo el grano que ellos podían cultivar era arrebatado por el enemigo tan pronto como era cosechado. Dios se le apareció a Gedeón y le dio el encargo de emprender la guerra contra el enemigo para liberar al pueblo. Y así, sencillamente, Gedeón empezó a reunir el ejército... no fueron muchos los que respondieron, pero él tenía una palabra de Dios, y Gedeón se armó de valor con el puñado que vino al combate. Él solamente tenía 32.000 hombres, en comparación con las huestes de Madián que llegaban a los 135.000 hombres. Pero Dios miró el pequeño ejército de Gedeón y notificó: "Tú tienes demasiados hombres..."

Los buenos líderes cristianos de todo el mundo están tratando de movilizar las fuerzas de la cristiandad para emprender la lucha contra las fuerzas del mal, pero Dios aparece en escena y empieza a desmovilizarlas. Veintidós mil regresaron a casa por temor... pues podían morir en la batalla y perderlo todo. Pero una vez más, Dios miró hacia abajo y dijo: "Todavía tienes demasiados hombres..." ¿Qué haría Gedeón ahora? Dios Mismo escogió a los que calificarían para Su ejército, y 9.700 más fueron enviados a casa. Dios dijo: "Todo lo que tú necesitas son los 300 que yo te he dejado... de este modo, yo tendré toda la Gloria."

Dios asemejó la pequeña banda de Gedeón con un “*pan de cebada*” y con ese débil, insignificante y pequeño ejército, Dios destruiría a todos los 135.000 del grande y poderoso ejército de los madianitas. ¡Cómo necesitamos aprender el Camino de Dios!

Un niño desvalido expuesto a la ira de Herodes

En la historia de Cristo tenemos el ejemplo más hermoso de todos, en cuanto a la debilidad y a la locura de Dios. La encarnación, en sí misma, fue un acto por el cual el Poderoso Dios de Jacob se hizo débil. Pero Dios añadió unos pocos toques finales para hacer que Su “debilidad” fuera más débil todavía. El Niño nacería de una indefensa y humilde pareja que no tendría la protección a que, generalmente, da derecho la realeza. Este Niño indefenso sería puesto en las manos de una joven, de una virgen para que lo alimentara y lo cuidara hasta cuando Él creciera. Además, ellos no estaban recluidos en una pequeña población de Galilea sino que, a causa del decreto del Gobernador, la pareja tendría que viajar a Belén para registrarse. Mientras estuvieran allí, nacería el Prometido que heriría la cabeza de la Serpiente. Pero la Serpiente tendría el control activo del más poderoso Imperio que el mundo haya visto hasta entonces, y el rey publicó un decreto para matar a todos los varoncitos en toda la ciudad de Belén y en sus alrededores. El “*dios de este mundo*” desconocía que todo lo que él estaba inspirando a sus malvados siervos para que lo hicieran, estaba coincidiendo exactamente con

el propósito eterno de Dios, y ayudando a llevar a cabo la propia destrucción de Satanás.

En las Escrituras hay tantos, pero tantos ejemplos de la estrategia de combate de Dios, que parece extraño que la Iglesia haya perdido esto de vista. ¿Cuándo llegará a darse cuenta la Iglesia de Cristo que Dios no salva con espada y con lanza, y que

“no es con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dijo el SEÑOR”?

Dios siempre se deleita valiéndose de lo débil del mundo para anular a lo fuerte; y de lo vil del mundo y de lo menospreciado para derrotar la sabiduría de los sabios.

¡El Dios Poderoso que sostiene el mundo sobre la nada, no duda en suspender todo el peso de Sus propósitos del invisible hilo de seda de Su propia sabiduría!

El pueblo del Camino

Jesús es el CAMINO, y la VERDAD, y la VIDA – y no es solamente el que muestra el Camino, el que dice la Verdad y el que imparte la Vida. En otras palabras, Él no solo nos dice qué hacer, no solo nos explica lo que Él quiere decir, y no solo nos da una parte de Su propia vida. Debemos llegar a ser UNO con Él en todos los tres campos. Debemos estar plenamente identificados con Él. Entonces, cuando empezamos a identificarnos con Él, descubrimos zonas de la Verdad y de la Vida que no hubiéramos podido descubrir jamás mediante mucho estudio y esfuerzo. En sus comienzos, el pueblo de la Iglesia del Nuevo Testamento acostumbraba a referirse a

sí mismo como el pueblo del Camino. Hace tiempo, reflexionaba mucho sobre esto. Saulo se dedicó a perseguir “*este Camino*;” pero, después de su conversión, dio testimonio que él adoró a Dios según el “*Camino*” que los hombres llamaban herejía. El pueblo de Dios es el pueblo del CAMINO. Ellos van a llegar a algún lugar... no después que mueran, sino AHORA. Tienen el propósito, la visión, la luz; y sólo son peregrinos y extranjeros en la Tierra. Como Abraham de la antigüedad, ellos saben que están en la tierra que Dios les ha prometido, pero que ella todavía no es la “*casa*.” Todas las promesas de Dios en Cristo Jesús son significativas y muy reales para nosotros, pero si en verdad somos el pueblo del Camino, como lo fue Abraham, tenemos que sentir que no estamos realmente en casa... que debe haber justamente algo más para la Vida de lo que hemos experimentado hasta ahora. Tome nota de esto: Abraham estaba en la tierra que Dios le había prometido para siempre a él y a su Simiente... pero supo cabalmente en su corazón que debía haber mucho más en cuanto a la “*tierra*” de lo que él había visto cuando la recorrió a lo ancho y a lo largo. Él confesó que sólo era “*extranjero y peregrino*” – y el Espíritu Santo nos recuerda que un testimonio como éste, era indicio que él y su Simiente estaban esperando

“la ciudad con fundamentos, el artífice y hacedor de la cual es Dios” (Hebreos 11:10).

(Y no olvide usted que la verdadera Simiente de Abraham es “Cristo” y aquellos que están en Él). (Ver Gálatas 3:13-29).

Todas las benditas seguridades del Nuevo Testamento referentes a nuestra posición en Cristo y a nuestra bienaventuranza en Él, jamás fueron destinadas por el Señor para hacer que descansáramos en el gozo y en el contentamiento de esa bienaventuranza, sino para crear dentro de nosotros un hambre por alcanzar ese llamamiento a lo alto que, hasta ahora, ha estado fuera de nuestro alcance. Feliz el hombre o la mujer que llega a ese lugar en su andar con Dios cuando – a despecho de todo el conocimiento y de todo el entendimiento que pueda tener en relación con su herencia en Cristo Jesús, todavía encuentra algo dentro de su corazón para decir: “Sí, te agradezco, oh Señor, por Tu Verdad y por todo lo que Tú me has dado... pero no estoy completamente satisfecho... porque hay algo que me hace falta... ¿qué es, Señor?” Porque entonces el Señor, que siempre tiene complacencia de aquella persona que tiene su deleite en Él, más de lo que se deleita con su conocimiento de la Biblia... el Señor Mismo se complace en revelarle más claramente Su Camino. Entonces, aquella persona hambrienta llega a comprender que la razón por la cual no puede estar satisfecha con su estado actual es porque, al andar con Dios, Él no le permite que esté satisfecha. Y Dios no le permite que esté satisfecha porque hay más, mucho más a lo que Dios desea llevarla.

Hay una diferencia entre estar “descontento” y estar “insatisfecho.” Siempre debemos estar agradecidos por todo lo que Dios ha hecho por nosotros y por el lugar a donde Él nos ha llevado; pero siempre deseosos de seguir adelante con Dios para en-

trar en la plenitud de Su propósito. Siempre satisfechos con el fresco maná que Él nos da diariamente para cada una de nuestras necesidades, pero que –aun cuando participamos de Él– permanece en nosotros esa hambre insatisfecha de participar del Viejo Grano de la tierra de nuestra herencia. Hay más, mucho más. Todavía hay alturas que alcanzar en Dios; todavía hay océanos y profundidades que explorar en Dios, que jamás creímos que estuvieran dentro del ámbito de lo posible en esta vida.

Abraham, un extranjero en su propia tierra

Cuando empezamos a andar un poco en el Camino de Dios, de igual modo comenzamos a identificarnos ciertamente con el pueblo del Camino en la Biblia. Ahora podemos comprender un poco más a Abraham. Él había entrado en la tierra que Dios le había dado. Él la había recorrido a lo largo y a lo ancho. Pero todavía había algo dentro de él que clamaba: “Es buena, pero no estoy satisfecho...” Y, ¿por qué no podía estar satisfecho? Porque Dios no dejaría que él estuviera satisfecho... pues ampliaría su visión. En la simiente y en la promesa de bienaventuranza que él había recibido de Dios, había quedado latente el germen de algo mucho más grande que Dios deseaba revelar. Y, por tanto, todo este fatigante recorrido por la tierra de la promesa era necesario, con el fin que la promesa en embrión pudiera florecer en algo diferente en grado sumo, y muchísimo más glorioso que una partecita de bienes raíces. Cuando Abraham se preocupaba por las

promesas incumplidas, es evidente que veía poco de lo que Dios tenía en mente.

Sin embargo, Dios lo estaba guiando fielmente por los senderos de la obediencia, que elevarían su visión y harían que este hombre de fe mirara más allá de la tierrita por la que andaba. Si nosotros andamos en los caminos de Dios, invariablemente nos acontecerá esto. El premio de Sus promesas abre camino prontamente a cosas más altas, a cosas mejores, a cosas más celestiales. Abraham descubrió pronto que él no pertenecía realmente al lugar donde estaba... así se tratara de la bella Canaán. Él apenas era un *“peregrino y advenedizo”* (Génesis 23:4). Hebrón debió haber sido maravilloso en extremo... ¡pero Abraham no estaba en casa todavía! ¡Él era un extranjero en su propia tierra! Él empezaba a buscar una Ciudad mejor, *“esto es, celestial.”* La Ciudad real, la que él estaba buscando tenía,

“fundamentos, el artífice y hacedor de la cual es Dios” (Ver Hebreos 11:10-16).

Las naciones que Dios prometió sobrepasaron a las que tuvieron origen en Ismael y en Isaac. “EL MUNDO” llegaría a ser su herencia cuando la verdadera *“Simiente”* fuera plantada en el corazón de los hombres de toda la tierra. (Ver Romanos 4:13; Gálatas 3:16,28,29). La “Ciudad” que él buscaba descendería un día sobre la tierra. Y ese día, Abraham estaría a la cabeza de la fila y vería su Simiente, la simiente que ha brotado desde toda tribu, y parentela, y lengua, y nación, y pueblo. Allí estarán el cobrizo, y el amarillo, el negro, y el blanco. Y Abraham podrá decir: “Estos son mis hijos, porque ellos

tienen mi fe.” Luego, Abraham se hará a un lado y tomará su puesto junto con ellos, y Jesús incluirá a Su padre Abraham en la compañía de Sus propios hijos porque:

“en lugar de tus padres serán tus hijos” (Salmo 45:16).

Y Jesús dirá:

“He aquí, Yo y los hijos que me dio el SEÑOR, somos por señales y prodigios en Israel” (Isaías 8:18)...

Un pueblo que es la Simiente de Abraham, porque “*esa Simiente es Cristo*” – ya sea que ellos procedan de varios países de Europa, de Rusia, de la India, o sean del pequeño remanente de la tierra de Israel y de las naciones árabes que lo rodean; o bien sean del pueblo de China, de Africa, de Australia, de Nueva Zelanda, de América del Norte, o de América del Sur... la lista se está haciendo muy grande para seguirla mencionando. Sólo digámoslo así:

“...porque tú fuiste muerto, y nos has redimido para Dios con tu Sangre, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Apocalipsis 5:9).

Pueblos del norte y del sur... del lejano oriente y del lejano oeste, si creen verdaderamente en Cristo, entonces ellos son

“ciertamente la Simiente de Abraham... y conforme a la promesa, los herederos” (Gálatas 3:29).

Como ciudadanos de este país, o de aquél, todos nosotros reconocemos las barreras naturales que existen entre los hombres de diferentes culturas y

de distinta procedencia racial. Pero Dios, midiendo la humanidad con Su propio patrón de justicia y de gloria, y teniendo en cuenta los juicios de la Cruz, declara:

“...NO HAY DIFERENCIA, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”
(Romanos 3:22-23).

Como cristianos, dejémonos de malgastar nuestros esfuerzos tratando de reconstruir las paredes de separación que Dios derribó al costo terrible de la Cruz. Porque Dios confía plenamente en los juicios de la Cruz, así sea que las parcialidades nacionalistas de la humanidad confíen, o no confíen en ella.

Del altar para el altar

Lo que comenzaba a decir, era que este caminar en obediencia por la tierra... requiere períodos de hambre... y requiere mover el altar de un lugar a otro, con el fin que Abraham pueda familiarizarse con los caminos de Dios. Primero, él levanta su tienda en Siquem; después, va hasta Betel; luego, hizo un viaje al sur; y más tarde, a causa de la hambruna de la tierra, hizo una pequeña expedición a Egipto. Allí tuvo que aprender algunas duras lecciones. Y, aunque nosotros no podemos culpar a Dios por nuestros propios errores cuando buscamos seguirle, tenemos ciertamente la seguridad que si el corazón obra rectamente, Dios hará que aun los errores tengan que ver con Sus propósitos. Al regresar de Egipto, se encontró nuevamente de vuelta en Bet-el, donde había levantado su tienda al principio. Luego llegó el momento para la separa-

ción de Lot, y para un recorrido a lo largo y a lo ancho de la tierra de su herencia. Parecía que él anduviera errante – y muchos otros han sentido lo mismo cuando miran retrospectivamente en sus vidas y se preguntan por la razón de ese aparente desorden en todo lo que ellos hicieron. Pero Abraham tenía que seguir ese camino. Dios lo estaba guiando, porque le había prometido que le mostraría una “tierra.” Ahora, él está en Hebrón, por cierto la mejor parte de la tierra de Canaán. ¿Por qué Abraham no se estableció allí en seguida, y disfrutó de la herencia y del hogar que Dios le había prometido? ¿Es que usted va a ser un visionario toda su vida y, al final, descubre que no ha ido realmente a ninguna parte? Y Hebrón llegó a ser verdaderamente su hogar durante algún tiempo. Isaac y Jacob también vivieron allí. Y 500 años después, cuando llegó el momento que Israel entrara en su herencia, ese lugar se convertiría en la herencia de Caleb, porque Dios había jurado que se la daría por su fidelidad. Más tarde, David gobernó como rey sobre Judá en Hebrón. Y así, esa tierra debe haber sido una recompensa altamente deseable para cualquiera.

Pero Abraham siguió siendo un extraño y forastero en su propia herencia. Porque Abraham fue un hombre del “Camino.” Él podía estar agradecido por esto, disfrutarlo, conseguir su sustento diario de la fertilidad de la tierra; pero él tenía que seguir moviéndose. Regresa a Neguev. Después habita en medio de los filisteos, y aprende más lecciones muy duras. Finalmente, nace el hijo verdadero, Isaac. Seguramente ha llegado el momento

en que él pueda establecerse y sentirse satisfecho con las promesas de Dios, que Él ha cumplido fielmente. Pero Dios no le permitiría establecerse porque las experiencias mediante las cuales lo estaba guiando, estaban destinadas a ampliar su visión, para que él pudiera llegar a conocer a Dios y a suspirar por la Ciudad Santa. Esta llegaría a ser su verdadera herencia. Una vez más, él debe convertirse en un ser “errante.” Porque Dios le dijo:

“Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” (Génesis 22:2).

Todavía había algo indefinido... ¿cuál monte? Pero él no necesitaba saber el sitio exacto... no todavía. Conocería el segundo paso solo después que él hubiera dado el primero. Este es el principio según el cual debe andar el pueblo del Camino. Y este camino está diseñado para que el pueblo del Camino pueda llegar a ser el pueblo de la Verdad, y de la Vida. Y allí, en el Monte Moriah, habiéndole devuelto a Dios todo lo que Él le había dado, Abraham recibió la recompensa más grande de todas: una revelación del Día de Cristo y del Cordero que YHWH-jireh (*el SEÑOR proveerá*) ha provisto.

Estableciendo nuestras metas

Siendo un pueblo finito, nos gustaría buscar por nosotros mismos un camino de vida que nos haga sentir realizados y que, al final, nos lleve a una sensación de cumplimiento; porque la mente finita no puede comprender la progresión interminable. Nos gustaría llegar a un lugar donde nuestras metas se

hayan realizado y donde sentimos que hemos llegado. Pero en el ámbito espiritual, debemos aprender que las metas logradas una vez, sólo abren ante nosotros nuevos horizontes que buscar, nuevos territorios en Dios que explorar, nuevos Caminos del Señor que comprender, nuevas alturas que alcanzar, y nuevas profundidades en las cuales sumergirse. Es como subir a un monte escabroso sólo para descubrir que, cuando hemos alcanzado la cima, hay nuevos valles de prueba y de humillación a las cuales debemos descender, y nuevas cimas montañosas cuya existencia ignorábamos. Lo incierto para nosotros lo es por el propio designio de Dios, porque hay cierto desasosiego que persiste en Su propio corazón por tener un pueblo en el cual Él pueda morar en toda Su plenitud, y mediante el cual Él pueda mostrar la majestad y la gloria de Su Ser a través de todos los ámbitos: los terrenales y lo material, así como los celestiales y lo divino. (Ver Efesios 3:9-10). Su plan, por tanto, es el de identificarnos con Él Mismo y, para hacer esto, Él frustrará en consecuencia, aunque con gran paciencia y misericordia, todos nuestros intentos por alcanzar las metas y por perseguir propósitos que puedan no solo malograr los Suyos, sino que son en sí mismos con mucha frecuencia, extremadamente egoístas y egocéntricos.

La idea que prevalece en la Iglesia es que Dios está haciendo grandes cosas. Así que debemos pensar en grande... hablar de lo grande... predicar sobre lo grande... y ponernos en acción... para ver las grandes cosas realizadas por Dios. El único problema, por supuesto, es que por lo general aquellos

que están planeando hacer grandes cosas, no comprenden que cuanto más grande es la obra que Dios llevará a cabo, más débiles... y más pequeños... y más humildes serán los instrumentos que Dios se valdrá. Y mientras el pueblo religioso estaba edificando sinagogas por toda la tierra, y enviando misioneros a todas partes para hacer prosélitos entre los gentiles, Dios estaba preparando un “Cuerpo” en el cual Él se revelaría a Sí Mismo, y acabaría por siempre con el sacrificio y con las ofrendas del Templo. Y este Único aparecería en escena, no con toque de trompeta desde el templo, sino en una atmósfera preparada y diseñada de tal modo por el Señor, que sólo el humilde podría respirar el aire fresco de la revelación de Dios. Los humildes pastores le oírían desde el Cielo, y vendrían y adorarían al Mesías en un establo. Él nacería en una humilde familia de labriegos, de nula estimación particular en el mundo religioso.

Simeón, un anciano extraño que andaba con Dios y que acariciaba la promesa de Dios que él viviría para ver al Cristo del Señor, –porque andaba con Dios, entró un día en el templo en el tiempo señalado por Dios, y vio al Cristo que los demás que estaban junto a él también le vieron, pero no le reconocieron– y que luego salió dichoso, porque su propósito en la vida se había cumplido. (Y no podemos dejar de oír los comentarios de sus amigos y vecinos cuando, hablando unos con otros, se lamentarían por la desilusión de ese anciano que habló durante toda su vida de vivir para ver al Mesías... pero que ahora había partido). Luego, estarían Zacarías e Isabel –ambos “*entrados en años.*” Él era

un fiel sacerdote del Templo— que se retiraría dentro de poco, o que desaparecería de la escena con la muerte. Pero Dios se valdría de ellos para hacer que naciera el profeta que volvería los corazones de los padres a los hijos – y los corazones de los hijos a los padres, y que prepararía la Tierra para la revelación del Mesías. Y Juan pasaría sus días en aislamiento en el desierto, reconocido por el pueblo como profeta de Dios, pero tenido en muy poca estima por los líderes del sistema religioso de aquellos tiempos. Tampoco iría por allí organizando cruzadas para llegar a las masas... pero ellas acudirían a él, atraídas por el magnetismo de la palabra profética que estaba en su boca... y él les daría algunas instrucciones muy sencillas que, si las seguían, prepararían sus corazones para el Cristo que iba a ser revelado.

Cuánto deberá lamentarse el Dios Altísimo por Su pueblo de hoy día, como Él lo hizo por la primera generación de los redimidos israelitas: “¡ELLOS NO CONOCEN MIS CAMINOS!” Y cómo suspirará Él para tener ese pueblo que tomará todo lo que ha recibido de Dios, todo ciertamente: sus doctrinas, sus confraternidades, sus iglesias grandes o pequeñas, sus dones y ministerios, sus planes y proyectos para el crecimiento, sus programas para evangelizar al mundo y para alcanzar al mundo, y lo pongan todo, como a un Isaac, en el Altar del Holocausto en uno de los montes que Dios les muestre.

Pero, “Dios no me ha mostrado ninguno de tales montes,” oigo que dice alguien. Ni tampoco lo hará, hasta que usted ande con Dios de altar en

altar... hasta que usted desee fervientemente hacer la voluntad de Dios... hasta que usted aprenda Su camino y desee fervientemente andar con Él en Su camino... hasta que la voluntad de Dios llegue a ser para usted su mayor recompensa y su pan diario... y hasta que usted esté preparado para reconocer que así como los Cielos están en lo alto por encima de la Tierra, así también los caminos de Dios son más altos que los caminos suyos, y que los pensamientos de Dios son más altos que los pensamientos de usted. Quizá, no encontremos demasiado conflicto en nuestros propios corazones ni con los demás sobre las “metas” o sobre la “progresión interminable”... mientras esto signifique más y más cosas grandes... y más y más de las bendiciones y del crecimiento de Dios. Pero cuando Dios empieza a revelar que el crecimiento de nuestras metas bien puede significar el abandono y la dejación de lo que ya hemos conseguido, podría ser motivo para algo de extrañeza en nuestros propios corazones y ante los ojos de aquellos que nos rodean. Y descubriremos que, en la medida en que estemos andando con Dios, en esa misma medida llegaremos a convertirnos en extraños y forasteros a los ojos de aquellos que ven un fin en los dones, en el ministerio, y en la bendición de Dios.

¿Quiere decir usted que Dios me dijo que empezara esta gran iglesia y me involucrara en este ministerio extensivo, y que ahora se supone que lo abandone todo? ¿Quiere decir usted que Dios me llamó al ministerio, y que ahora me pide que lo deje y que me vaya a trabajar en una fábrica o en un serradero, o que me involucre en algún trabajo

rutinario y monótono en una línea de ensamblaje? Dios me llamó para cosas más altas que éstas. ¿Quiere decir usted que Dios llamó al apóstol Pablo al alto y santo llamamiento del apostolado para los gentiles, y que después lo encerró en una prisión para que consumiera sus días en la celda de una cárcel?

Y así, no oímos el llamamiento de Dios para subir a mayores alturas en Él, porque no nos hemos identificado con Sus Caminos; y, por tanto, no valoramos verdaderamente los pensamientos y los propósitos de Su corazón. No comprendemos la oración de Ana, en el sentido de cómo Dios es el único que da la muerte y que hace vivir; que lleva a la tumba y que levanta de ella nuevamente. No entendemos que es únicamente muriendo como vamos a vivir verdaderamente; y que es sólo bajando a la tumba como conoceremos el poder de la vida de Su resurrección. Ni sabremos nunca esto por tomar un curso de Teología. El conocimiento verdadero de esto, sólo puede venir en aquella vida que haya buscado encarecidamente la identificación con el Señor, que es el CAMINO, y la VERDAD, y la VIDA.

La identificación con su Camino

Cuando nosotros empezamos a identificarnos con el Camino de Dios, entonces, es el momento en que la Palabra de Dios y la Verdad de Dios empiezan a hacerse realidad para aquellos que buscan conocerle. Nos identificamos verdaderamente con el Señor cuando le recibimos, y el “bautismo” cristiano es una marca de esa identificación. Pero esto

es sólo el principio. De ahí en adelante, y durante toda la vida, debe haber una continua identificación con Él, si esperamos lograr el premio mayor: por “conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos.”

Y cuando, poco a poco, aprendamos a andar con Él, así mismo la Palabra de Dios llegará a ser, ciertamente, más y más significativa para nosotros. Una vez, la historia de José fue sólo eso, una bella historia. Pero, ahora es más significativa, porque –en pequeña escala– al fin hemos podido identificarnos con ella. Él tuvo una visión... y nosotros tenemos una visión, él deseaba verla realizada, pero pronto aprendió que sólo Dios Mismo puede realizar la visión que Él ha dado. Él no nos da la visión como un incentivo para que la hagamos cumplir por nuestra propia cuenta, sino como una semilla de verdad para que la abracemos y le permitamos cumplir el propósito de Dios en nuestra vida.

Encontramos con el profeta que, al comer del Libro, él es como miel en la boca, pero amargo en el vientre; y nos preguntamos cómo una Palabra tan dulce, pueda llegar a ser una experiencia tan amarga. Pero en tanto que José acariciaba la visión, el cumplimiento de ella se hacía más y más distante, y más y más imposible. Al fin, se encontró en tierra extraña, separado por completo de la familia que él vio en la visión – un prisionero y un esclavo, en vez de rey y gobernante. Tratar de imaginarse lo que podría haber salido mal, sólo llevaría a una frustración adicional, así que él simplemente trató de olvidarlo todo. (Eventualmente,

cuando nació su primer hijo, él lo llamaría: “Dios me ha hecho olvidar”).

José no podía negar lo que Dios le había mostrado, pero él simplemente lo dejaría a un lado... o lo pondría en una botella, lo sellaría y lo arrojaría a las aguas. Y, sin embargo, en todo, y a través de todo, Dios obraba fielmente y sin ninguna interrupción en todos los intrincados detalles de la vida de José, los cuales cumplirían eventualmente la visión gloriosamente, sólo que en un plano mucho más elevado y excelso del que José jamás imaginó cuando era un mozalbete soñador. Se han ido los pensamientos de grandeza. Desapareció la idea que, algún día, voy a ser alguien grande, y todos ustedes, mis hermanos, van a tener que reconocerlo así. Ahí estaba un hombre del Camino que, al andar con Dios, llegó a ser un extraño en su propia casa, un objeto de burla para sus propios hermanos, un soñador cuyos sueños se desvanecieron pronto al ser vendido a los ismaelitas, llegando a ser también un extraño en tierra extraña. Y así, la visión de grandeza se cumplió a la perfección del orden de Dios; pero sólo se cumplió cuando José encontró la gracia para identificarse con el Camino de Dios; y, haciéndolo así, el sueño mismo fue transformado completamente, hasta que llegó a ser una experiencia de transformación en el propio corazón de José; y en una visión de misericordia, de liberación, y de compasión para aquellos que le habían maltratado. El hombre del Camino, cuyos pies fueron lastimados por los grillos de bronce y cuyo corazón y cuya persona había sido puesta en prisión de hierro, fue reconocido por lo que él era: el elegido de Dios,

marcado con la señal de Dios y destinado para que llegara a ser el Zafnat-panea... un nombre que para el Faraón y para los egipcios significaba: “*salvador o sustentador de la vida.*”

Como la lluvia, y como la nieve

Lo que estamos diciendo es que la verdad empieza a tomar forma, armonía, y verdadero significado dentro de nosotros, cuando empezamos a andar en Su Camino, y no solamente cuando estudiamos la Biblia. Y cuando Sus caminos empiezan a revelarse, pronto nos damos cuenta que:

“Como son más altos los cielos que la tierra, así son más altos mis caminos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:9).

Entonces comprendemos que sólo podemos valorar Sus caminos cuando permitimos que nuestras mentes sean “*renovadas.*” Sabemos que Dios hizo el majestuoso “*cedro que estaba en el Líbano.*” Pero, ahora, nos asombramos que Dios también tenga en cuenta “*el hisopo que nace en la pared.*” Ya no causa alarma que el pueblo, aun el pueblo de Dios, pueda resistir la Verdad. Y ya no hay ningún propósito en discutir sobre ello. Ahora sabemos que se debe andar en el Camino de Dios, si se va a comprender y a conocer la Verdad.

No obstante, debemos ser fieles para ministrar la Verdad, pues ella cumplirá su propósito. Dios sigue explicando que Su Palabra es como la lluvia que cae del Cielo. Ella regará la Tierra y regresará a los ríos y a los océanos, de los cuales provino en

primer lugar. En realidad, no se ha perdido. Si ha habido una buena plantación del Señor, la lluvia cumplirá su propósito. Pero eso requiere su tiempo... y del cuidado y de la fidelidad de Dios. Y cuando el corazón responde con fidelidad, con cada divulgación de la Palabra, hay una determinada obra de la gracia que obra en la vida. La verdad se convierte en experiencia cuando nos identificamos con ella... y yo debería de decir con Él.

Entonces Dios dice: “Y como la nieve del cielo...” Por supuesto, siempre hay evidencia de vida después de la lluvia. Pero, ¿y la nieve? La nieve y el hielo... significan dureza, frialdad y muerte. Pero cuando usted empieza a andar en Su Camino, descubre que también hay “tesoros” aun en la nieve. Ella también es para regar la Tierra. Así lo dijo Dios. Pero esto sólo puede suceder en la estación propicia... isólo en tiempo de primavera! ¡Y así se explica esto! Aquí estamos, preguntándonos por qué parecíamos ser tan fríos y sin vida, sirviendo apenas de estorbo en la Tierra. Todo parece inútil, vano, frío, estéril. Y, sin embargo, yo creo en la predestinación. Algunas veces me gustaría desentenderme de ella... pero sé que es una buena doctrina en el sentido que Dios señaló mi camino antes que yo naciera, incluso desde la fundación del mundo. Parece que ella le da a usted un sentimiento de importancia y de grandeza. Pero, como ocurrió con José, llegan momentos en que usted sólo tiene que dejarla a un lado. Dificilmente puedo desconocer la doctrina... pero, al menos, no siento urgencia de seguir discutiendo sobre ella.

Difícilmente puedo considerar mi vida, muy común y corriente y, además, inútil, como le parece a la mayoría que ella ha sido – y alterarme por una doctrina que dice que Dios lo planeó todo de ese modo. Pero, luego, recuerdo cuando era niño, y mi madre estaba bordando. Ella tenía dos aros que ajustaban el uno en el otro – y entre los aros se estiraba una tela atirantada. El bordado parecía realmente bonito: quizá, algunas lindas flores de diferentes colores, todo trabajado en la tela según un patrón que estaba estampado en la tela de antemano. Algunas veces, cuando ella lo dejaba por ahí, yo lo cogía y lo volvía al revés para mirarlo por el otro lado. Luego, lo volteaba de nuevo y trataba de hacer coincidir las bellas flores que veía en la parte superior con el laberinto de hilos de colores de la parte de abajo: cabos sueltos, hilos entremezclados, nudos... de todo, menos algo hermoso.

Debe haber algo como eso. Hay un patrón. Y porque yo creo en Dios, debe creer que

“a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme al Propósito son llamados (a ser santos). Porque a los que antes conoció, también les señaló [predestinó]...”

No puedo verlo del todo de esa manera ahora, porque estoy mirando al revés. El Maestro Constructor está mirando hacia abajo desde arriba, y yo tengo que creer que Él sabe lo que está haciendo. Esto me da confianza y seguridad en lo que no puedo ver. Pues Él dijo que debe ser de esa manera: creer sin ver.

Y así, “*como descende de los cielos la lluvia, Y LA NIEVE...*” Entonces, yo debo esperar. Esperar a Dios. Esperar la estación propicia. La gente me ha dicho con tanta frecuencia que Dios me está esperando, y yo he tratado de aceptar esto, porque aquellos que están enseñándolo parece que son más fructíferos en Su Reino de lo que soy yo. Pero, de algún modo, yo permanezco como la nieve.

Ahora, puedo identificar algo más con la Verdad. Hay “tesoros en la nieve.” Pero estos tesoros sólo pueden ser liberados en tiempo de primavera. Dios ciertamente tiene un tiempo y una estación... y un día y una hora reservados para Su pueblo. Pero yo no puedo escoger ni ese día ni esa hora. Todo lo que yo puedo hacer es permanecer frío y sin vida hasta cuando llegue Su tiempo. Entonces, esa será “mi hora.” Los hijos de Dios deben aprender por medio de la experiencia que su tiempo no está listo siempre, sino que está siendo preparado. ¿Puede usted identificarse?

Avancemos un poco más. Tanto el propósito de la lluvia con el de la nieve es regar la Tierra para hacerla “[germinar] engendrar, y producir.” ¡Qué precioso es el tiempo de la primavera y el del verano precoz, cuando esto empieza a suceder! Y, ¡cómo nos anticipamos a la liberación de la bendición de Dios sobre Su pueblo en aquella hora para que ellos puedan llegar a ser verdaderamente un campo fructífero que el Señor ha bendecido, para que ellos, a su vez, puedan llegar a ser una bendición para los demás! ¿Podemos identificarnos con el Camino de Dios?

Bien, podemos ver retoños y hojas de esperanza y de bendición en medio del pueblo de Dios, y esto nos da ánimos. Pero avancemos un poco más.

“Y da simiente al que siembra, y pan al que come....”

Ahora, ieso es lo que nosotros quisiéramos! Queremos llegar a ser el pan de vida para aquellos que tienen hambre cerca de nosotros, y agua para el alma sedienta. Señor, haz que seamos ese pan de vida para las hambreadas masas de la humanidad. Y nosotros tenemos esperanza y confianza en que Dios está preparando esta clase de “pan.” La Iglesia de Cristo es presentada como “un pan,” lo mismo que como “un cuerpo.” Pero no olvidemos nunca que para la hechura del Pan de Dios, hay un proceso: después de la cosecha del grano, viene la molienda en los molinos de los tratos de Dios; después de la unción con el aceite fresco de Su Espíritu, y de la mezcla de la harina con el aceite... viene la horneada del pan en los hornos de las pruebas de fuego de Dios... entonces, y sólo entonces el “amasijo” se convierte en “pan para el que come.”

¿De dónde compraremos pan?

Nos gustaría contentarnos con la idea que la Biblia es el Pan de Vida y, por tanto, hacer todo lo posible por distribuir Biblias. O quizá, nuestra gran actividad en la iglesia podría producir este pan. (Y no me malentiendan; valoramos la Palabra escrita y todo empeño inspirado por el Espíritu de Dios para divulgar esa Palabra). Pero limitémonos a reconocer los hechos evidentes. ¿Desea usted ser muy

práctico cuando piensa en las necesidades de los hombres? Entonces, seamos prácticos. Y reconozcamos que con cada incremento de nuestros esfuerzos por satisfacer las necesidades de la gente, en la misma forma se incrementan esas necesidades. Y lo “práctico” en nuestro medio, como ocurrió antiguamente con Felipe, tiene una respuesta para la pregunta siempre actual, propuesta por el Señor:

“¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?” (Juan 6:5).

Ahora, como pueblo de Dios, entendemos que porque el Señor plantee un asunto que atañe a Su pueblo, esto no significa autoridad de Dios para que usted o yo ideemos formas y medios para hacer realidad los pensamientos del corazón de Dios. Jesús dijo esto para “probar” a Felipe, no con el fin de autorizarlo a iniciar una campaña para recolectar dineros. Felipe, por supuesto, era muy práctico. Jesús se preocupa por el hambriento... así que yo me preocuparé. Veamos: Doscientos dólares quizá, ayudarían a solucionar el asunto y todos, al menos, tendrían un bocado. ¿Esto le suena familiar? Posiblemente, si nosotros pudiéramos conseguir mil dólares, o veinte mil dólares, podríamos hacer la obra.

Pero, también hay por ahí unos pocos Andrés que tienen algo más de fe... pero que son bastante cautelosos todavía:

“Un muchacho está aquí que tiene cinco panes de cebada y dos peces....”

Pero él no quería meterse en dificultades, así

que lo que dice es, en realidad, una sugerencia. El Señor sabía de sobra lo que Él haría, pero, estaba buscando llevar, muy dulcemente, a los discípulos por Su Camino. Ahora, habiendo reconocido el deseo de ellos por ayudar a la gente, y habiendo recibido la sugerencia de –por lo menos– uno del grupo, en el sentido que había allí unos pocos panes –aun siendo esto tan poco– Jesús se adelantó con la respuesta. Y ésta fue muy sencilla:

“¡Traédmelos!”

¡Traédmelos!

¿Cuándo, cuándo vamos a aprender esta lección, Iglesia del Dios viviente? Y no es consiguiendo más dinero, ni agrandando nuestras iglesias, ni haciendo la promoción de nuestros programas, como vamos a alimentar a las multitudes, isino con los cinco panes y los dos peces entregados completamente en las manos del Maestro! Es en el ministerio con el cual Dios ha enriquecido a Su pueblo – no permaneciendo alejados detrás de un púlpito, sino quebrantados y mezclados conjuntamente con los peces que han sido cogidos en la red, como Dios satisfará las necesidades de la humanidad. Es solamente cuando ellos sean tomados conjuntamente en Sus manos, y lleguen a ser uno en Sus manos, y sean quebrantados en Sus manos, y mezclados conjuntamente en Sus manos, para que ellos puedan llegar a ser ese Pan dador de vida que Dios ha preparado para la necesidad humana. Otro millón de millones de dólares en las arcas de la Iglesia no realizará lo que Dios quiere realizar en la Tierra. Vender los edificios de la iglesia de ustedes para edifi-

car otros más grandes, con el fin de dar cabida a más personas, tampoco lo logrará. Pero un verdadero Cuerpo (representado por los dos peces – “dos” es el número de una relación colectiva); y un verdadero ministerio (representado por los cinco panes), sin que sean dos entidades distintas como ocurre hoy día en la Iglesia, sino que sea UNA entidad en Su manos, quebrantada y mezclada juntamente, es la respuesta total de Dios para la necesidad humana.

¿Podemos identificarnos? O, al menos, ¿deseamos identificarnos? Tendremos el valor de decir con Felipe: “¿Cómo vamos a satisfacer las necesidades de la humanidad con tan poca cosa?” Y, ¿tener más valor todavía para decir con Andrés: “Tenemos tan poco que ofrecer”? O, ¿vamos a seguir pidiendo cada vez más y más dinero a los creyentes, sólo para terminar con doscientas moneditas, y lo suficientemente pobres para dar apenas una probadita a un puñadito?

¡Solo un pan de cebada!

¡Si tan solo el pueblo de Dios pudiera reconocer que Dios solo puede multiplicar lo poco que tenemos nosotros cuando lo ponemos sin reserva en Sus manos! Y que es en el “partimiento” del pan donde se multiplica la Palabra de Dios, ¡y no con la impresión de más Biblias! Sólo bastó un “*pan de cebada*” que rodara por las colinas para golpear a los ejércitos de Madián, que eran

“sin contar, como la arena que está a la ribera del mar en multitud.”

¡Sólo un pan de cebada! Pero en las manos de Gedeón, ise convirtió en la Espada del Señor y de Gedeón! No van a ser dos espadas: la que sale de la boca del Señor, y la que sale de la boca de Sus apóstoles, profetas, y maestros. Hay una sola espada, y esa es la Suya.

La Espada del Señor no son nuestras citas de las Escrituras, ni nuestro conocimiento de la Biblia, ni nuestro entendimiento de la Verdad. La Espada del Señor es la Palabra que sale únicamente de Su boca... y de las nuestras, cuando nosotros la tomamos prestada para Él. No fue movilizando los ejércitos de Israel como la nación esclavizada conseguiría la victoria, sino que sería con la “desmovilización.” Primero, tenían que ser desmovilizados veintidós mil y enviados a casa. El resto eran valientes que estaban ansiosos por combatir... pero que no conocían los caminos de Dios; y Gedeón fue advertido para que desmovilizara más hombres todavía. Otros nueve mil setecientos tendrían que dejar su armadura, y su uniforme, y regresar a casa. Dios conseguiría esa victoria por medio de Su propia Espada – y esa Espada que estaría en las manos de Gedeón y en las de trescientos hombres comparables en su insignificancia y debilidad a un mero “*pan de cebada.*” ¿Podemos identificarnos? O, al menos, ¿deseamos ciertamente identificarnos? O, ¿seguiremos en las tinieblas de la noche para movilizar febrilmente las fuerzas de la Iglesia, con el fin de empeñar una batalla perdida contra los enemigos de Dios con los muy “prácticos,” pero inútiles recursos de nuestro humano empeño?

“Simiente al que siembra”

“... y da simiente al que siembra, y pan al que come...,” dice el Señor. ¿Qué hay de la semilla para la siembra? “El grano (es) desmenuzado,” dice la Biblia. De otra manera no podría haber pan para el hambriento. Pero la semilla para la siembra no se tritura, porque ella debe ser plantada. Hay vida en la semilla que solo triturada, y molida, y mezclada con aceite, y asada en el horno... puede llegar a ser el verdadero Pan de Vida para el hambriento. Pero también hay un germen de vida en la semilla que Dios planta en la tierra para los propósitos de la reproducción. Sólo Él puede escoger esta semilla. Pero en cualesquiera de los casos habrá sufrimiento. Ninguno de nosotros va a estar exento de esto, si vamos a reinar con Él. Pero la medida y la naturaleza del sufrimiento diferirán según el propósito específico de Dios para la semilla. Muchos del pueblo de Dios no han conocido el aplastamiento y el quebrantamiento que otros han conocido; y podemos asombrarnos por los procedimientos de Dios. Pero lo que cuenta ante Sus ojos, es hacer la voluntad de Dios. Y hay muchos que han sufrido por su infertilidad y por su esterilidad, sintiendo en su interior que ellos han hecho poco o nada de valor eterno en la tierra. Ellos observan y ven que otros producen fruto. Sin embargo, ellos también desean hacer sinceramente la voluntad de Dios. Muchos de ellos, sin saberlo, han plantado semillas de Verdad en la vida de otros que han dado mucho fruto para el Reino de Dios.

Decimos “sin saberlo,” porque Dios lo planeó

de ese modo para el refinamiento del carácter de ellos y para Su propia gloria. Y la razón por la cual no participan del gozo de tal fruto, es porque Dios ordenó que ellos llegaran a identificarse con la semilla que han sembrado. Recordemos esto, porque es un principio importante en Dios. Debemos llegar a identificarnos con la Verdad que enseñamos... con el ministerio que brindamos a los demás... con la semilla que llevamos. Entonces nuestro gozo no será como el que da el mundo... no será una alegría manufacturada que se marchite pronto en la vida, sino que:

“nos gloriamos en la esperanza de la gloria (de los hijos) de Dios” (Romanos 5:2).

Será una alegría en medio del llanto, como anticipación del verdadero gozo que va a ser revelado.

“Los que sembraron con lágrimas,
con regocijo segarán.
Irá andando y llorando
el que lleva la preciosa simiente;
mas volverá a venir con regocijo,
trayendo sus gavillas” (Salmo 126:5-6).

O como dice el autor del cántico:

*“Las lágrimas del sembrador,
y el cántico del segador,
se mezclarán en júbilo más adelante.”*

Ellos no solamente sembraron la buena semilla de la Palabra de Dios, sino que llegaron a identificarse con la semilla que habían sembrado. Solamente se dieron cuenta del aislamiento, de las ti-

nieblas, de la soledad. ¿No es verdad que el segador queda ante los ojos de la Iglesia como el único ministerio que importa realmente? Y, sin embargo, al prescindir del sembrador no se habría producido en los demás el fruto que Dios deseaba. ¿Por qué no les permitiría Dios participar de la bendición de ese fruto? Porque la semilla que ellos estaban sembrando es “preciosa”... y, por tanto, ellos son “preciosos” ante Sus ojos, y Él no les permitirá recibir gloria de los hombres. Él los ha reservado para el Día de Su propia Gloria.

Juan el Bautista debe ser disminuido, para que Cristo pueda crecer. Moisés debe morir y ser enterrado en un valle de la tierra de Moab, en tanto que el pueblo de Dios (que fue mucho más rebelde y desobediente que él) entra en la tierra y la posee. Esteban es apedreado hasta morir; y Saulo, que ayudó a apedrearle, llega a ser el fruto del martirio de Esteban, y predica el Evangelio por todas partes. Y, sencillamente, los creyentes se llevaron a Esteban y le enterraron. Pablo, que una vez ministró con gran fecundidad y bendición, es llevado a la prisión; en tanto que otros con un ministerio inferior, tienen libertad para moverse y predicar el Evangelio. Pero Pablo había hecho un gran descubrimiento: mientras la muerte obraba en él, del mismo modo la vida obraría en los demás.

Que los creyentes de todas partes tengan en cuenta el costo. Que los ministros de Dios tengan en cuenta el costo. Si nosotros estamos preparados para ser lo que Dios quiere que seamos, y para plantar la buena semilla de la Palabra de Dios en los

corazones de los hombres, entonces –por Su gracia– preparemos nuestros corazones para el día y la hora en que Dios nos envíe al aislamiento y a la muerte... no necesariamente a la muerte física, sino a la muerte espiritual. Una muerte que acarreará el aislamiento de los hermanos, el desaliento, el ostracismo, y un sentimiento de inutilidad para con usted mismo... pero que será de fructificación y de bendición para los demás.

¿Puede usted identificarse con esto? O, ¿desea usted identificarse con los caminos del Señor? O, ¿desea usted salvar su vida, esperando encontrarla de ese modo? ¿Esperando encontrar la verdadera bendición y el verdadero cumplimiento, la verdadera satisfacción en lo que usted está haciendo, antes que en andar el camino de Dios?

Ocúpate en leer

Al identificarnos con la Verdad, mencionamos que ella era un caso de seguir la voluntad de Dios, y de buscar andar en Sus caminos. Realmente, usted no conoce la Verdad hasta cuando ella llega a ser parte de su ser. Honre la Palabra, la Palabra escrita. Léala mucho. Pero sepa ciertamente que no es realmente suya hasta que ella viva dentro de usted. Muchas veces he leído la Biblia sólo como un tema de “lectura,”... la copié a máquina una vez, haciendo anotaciones de pie de página y de referencias para mi propio estudio bíblico, y memorizando grandes porciones de ella en mis días juveniles. Honro la Palabra tanto como cualquier otro. Sin embargo, muchas veces cuando la leo, me doy perfecta cuenta que, a la vez, parece ser muy defi-

ciente para satisfacer mi deseo fundamental y ferviente de conocer a Dios. Con todo, ella ha sido una fuente de gran estímulo para saber que leyendo simplemente la Palabra con corazón abierto, se expone uno mismo al poder y a la autoridad de esa Palabra, tan desapercibido como usted pueda estar de ello en ese momento. Pablo dijo: *“Ocúpate en leer...”* Pero nosotros nos disculpamos de hacerlo con el pretexto que no la entendemos muy bien, o que ella llega a ser aburridora y monótona, y que no derivamos ninguna bendición particular de ella. Más bien esperamos el milagro que hará la página impresa de gritarnos el llamamiento con voz de clarín. Personalmente, nunca he tenido esa experiencia. Y quizá, es bueno que haya sido así, para que yo pueda animar a los demás. Muchas veces nos encontramos leyendo algunas Escrituras muy hermosas, que llevan consigo una Palabra viviente; pero cuyo verdadero provecho puede que no venga a nosotros hasta semanas, o meses, o años después.

Hemos estado hablando de los caminos de Dios... de la grandeza de Sus caminos... y de cómo son de extraños los caminos de Dios para los hombres. Confiamos, sinceramente, en que lo que hemos dicho no solo sea aceptado como una buena enseñanza y una buena doctrina, sino que le dé ánimos a todos los que lean este escrito para que *“escudriñemos nuestros caminos, y busquemos...”* como aconseja la Biblia. Porque estamos persuadidos que si hay una *“búsqueda”* genuina en este campo, Dios será fiel para mostrar a Su pueblo Su camino en esta hora grande, en esta hora de crisis inminente. El día del hombre llegará pronto a su término. Dios

está buscando y preparando un pueblo que llegue a conocer Sus pensamientos y que llegue a familiarizarse con Sus caminos. Porque de la actual generación de la Iglesia, incluso de la iglesia evangélica y carismática, puede decirse justamente (como se dijo antes de los israelitas):

“ELLOS NO HAN CONOCIDO MIS CAMINOS.”

Él habló del cedro... y del hisopo

Dios pone especial atención en el “hisopo,” porque Él es muy Grande. Él nos dice:

“...tengo por morada la altura y la santidad;”

Y después se apresura a recordarnos que también:

“y con el quebrantado y abatido de espíritu habito” (Isaías 57:15).

La “casa” que le edificó Salomón pretendía ser realmente una “*casa de oración para todas las naciones.*” Jamás se pretendió que fuera un lugar de habitación para Dios; ni Salomón lo reconoció como tal. Por tanto, cuando el propósito para el cual fue edificada se convirtió en algo confuso y desmedido, Dios fue fiel para recordarles cómo debía ser su verdadera habitación: no un palacio majestuoso, edificado con los Cedros del Líbano y adornado con oro y plata y piedras preciosas, sino un hogar tan insignificante y débil como el hombre mismo... pues este hombre debe ser pobre de espíritu, y de corazón contrito y quebrantado:

“...¿dónde quedará esta Casa que me habréis edificado, y dónde quedará este lugar de mi

reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y por ella todas estas cosas fueron, dijo el SEÑOR; a aquél pues miraré que es pobre y abatido de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Isaías 66:1-2).

La encarnación – La humillación de Dios

Jesús aparece en escena e, inmediatamente, nos damos cuenta que ahí está Uno que es Grande por Su humildad. Ahí está Uno que puede tener en cuenta las cosas que son insignificantes para los demás, porque Él (como el hisopo) fue una “*raíz de tierra seca.*” Ahí estaba Uno que “no tenía gracia ni donaire”... Uno que no podía ser encantado ni entretenido por los poderosos ni por los nobles, ni compartir el entusiasmo de los discípulos por el esplendor del Templo; pero que vio la belleza del “*lirio del campo*”... Uno que no quebrará “*la caña cascada,*” ni apagará “*el pabilo que humea.*”

La verdadera grandeza no está separada, ni por encima, ni más allá de lo común y corriente. La verdadera grandeza siempre se identifica con la humildad, con la debilidad, con la insignificancia, con la modestia. Esta es la razón por la cual el grande y poderoso Dios del universo, el que creó todas las cosas, no puede permanecer para siempre alto y encumbrado en los Cielos... con la reputación de ser Poderoso y Fuerte, pero indiferente a las necesidades del pueblo que Él creó. Él debe bajar y mostrarse a Sí Mismo tal como Él es realmente: porque Dios el Padre, viviendo en Su propio Hijo en toda Su plenitud; se reveló verdaderamente a Sí Mismo como lo que es realmente: manso,

humilde, y compasivo. Un Dios que se preocupa cuando el pajarillo cae al suelo herido mortalmente por el arquero. Dios tiene en cuenta esto por ser El tan grande como es. Jesús dijo que dos pajarillos se vendían por un cuarto, y cinco de ellos por dos cuartos. Y así, de buen grado, se da uno de más... el menospreciado. Pero ni siquiera este pajarillo menospreciado fue olvidado por Dios.

Dios ha sido grandemente calumniado por los pueblos de la tierra que adoran dioses negligentes, crueles, indiferentes y dictatoriales, que los han llevado nada menos que a la esclavitud y a la opresión. Y así, respondiendo a la oración del profeta, Dios rasgó los Cielos y bajó, y le mostró a los hombres cómo era Él realmente. No quiero decir que empecemos una discusión teológica, porque creo que he llegado mucho más lejos que eso; pero me causa desasosiego que tantos cristianos puedan creer que Dios, el Padre, es Una Persona aparte... y que Dios, el Hijo, es otra. El misterio de las tres personas en una no pretendo entender (más de lo que puedo entender que yo soy un ser triunitario, hecho a Su imagen). Pero Dios quiere que nosotros sepamos que cuando Su Hijo anduvo en esta Tierra, Dios, el Padre, estaba en ese Hombre, andando en Sus sandalias. Y que cuando Jesús se mezcló entre los hombres como Aquel sin pecado y sin mancha, mostrando misericordia y compasión para con la multitud, era Dios, el Padre, el que vivía en Su Hijo y el que andaba en Su Hijo, y el que mostraba misericordia por medio de Su Hijo. Y cuando Él dijo palabras de Verdad, fue Dios, el Padre, el que se reveló en Su propio corazón, y manifestó Su

propio amor y misericordia para con los hombres. Y cuando Él colgaba de la Cruz... no fue por indiferencia de Dios, el Padre, ante la crisis de Su Hijo cuando Él sufrió esa inenarrable angustia... sino que, en el verdadero sentido de la palabra, Dios, el Padre, estaba sufriendo en Sí Mismo el dolor de cada clavo que penetraba en Su mano, y de cada espina que punzaba Sus sienes. Y cuando el soldado tomó su lanza y la metió en el costado de Jesús... Jesús la sintió como hombre, y Dios, el Padre, que moraba dentro de Jesús, la sintió como el Creador del soldado que le hería. Sí, fue Dios, el Padre, el que se sometió voluntariamente al grado máximo de la debilidad, de la pobreza, de la humillación y del sufrimiento – icon el fin de levantar la “maldición” que Él Mismo había impuesto sobre el hombre a causa de la transgresión de éste!

El hisopo – y la Pascua

“Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo...” (Éxodo 12:22).

Todos nosotros estamos familiarizados con la historia de la Pascua y, particularmente, con la frase:

“Cuando vea la sangre ... pasará el SEÑOR aquella puerta.”

Y honrar la Sangre del Cordero que fue muerto, ha sido la clave para nuestra Redención por todas las generaciones de la Iglesia.

Pero, ¿cómo se aplicó la sangre? “*Tomad un manojo de hisopo...*” En los siglos que vendrían se edificaría un templo de cedro; cedro cortado en los altos montes del Líbano, y convertido en tablas, en maderos y en vigas. Pero el humilde e insignificante hisopo, que no podía hacer alarde de grandeza o de fortaleza, llegaría a ser en los propósitos de Dios el instrumento puesto en las manos de los ancianos de Israel para la aplicación de la sangre del cordero pascual.

¿Por qué el hisopo? Porque era tan insignificante y tan común y corriente... y porque estaba fácilmente al alcance de todos. Dios tenía que hacernos saber que nadie está excluido de Su gracia por aquello que carezca en sí mismo. Ni tampoco es justificado por aquello que carezca por naturaleza; o por el medio ambiente, o por la crianza, o por los antecedentes, o por la condición social, o por debilidad, o por pobreza, o por ignorancia. Nosotros podríamos culparnos por estas cosas, o disculparnos por nuestra carencia de ellas. Pero Dios tendría que hacernos saber que... si en los patrones de conducta de los hombres existen tales distinciones que pueden hacer que alguien sea superior a los demás, entonces si éste conociera la salvaguarda de la Sangre, tendría que aplicarla de la misma manera que su hermano de condición inferior. El tiene que valerse del “hisopo,” que sólo es un arbusto humilde.

Es una hierba amarga que tiene ciertas propiedades medicinales. Ella tiene flores moradas bellísimas... bajitas y fragantes... si alguien se agacha lo suficiente para observarlo con detenimiento. Sin

embargo, el empleo del hisopo no era opcional. En esto no había alternativa, ni existía ninguna norma que permitiera determinadas excepciones. Tenía que ser el hisopo, porque debemos saber que, ante los ojos de Dios, no existe acto de la voluntad, ni refinamiento del carácter, ni buenas obras o apariencias que aseguren ante Dios la salvaguarda de la Sangre a nuestro favor. El hisopo puede significar la humillación y la degradación de la voluntad humana ante Dios, una especie de medicina amarga en cuanto a lo que concierne el enfermo corazón humano, pero fragante y hermosa a los ojos de Dios cuando Él se inclina para sanar el corazón quebrantado y contrito.

La Iglesia ha hecho mucho énfasis en la redención por la Sangre de Cristo, y con justa razón. Donde hemos fallado es en el énfasis de la plenitud del significado de la Redención. En el Nuevo Testamento, la palabra “redención” tiene una triple connotación. Su significado común es el que nosotros fuimos “*comprados por precio.*” La palabra griega es “*agorazo*”... que significa “comprado en el mercado.” Una segunda palabra idéntica precedida por la preposición “*ex*” (*exagorazo*), significa “comprado y sacado de la plaza de mercado.” Representémoslo así: Un esclavo está en la sección de subastas de la plaza de mercado. Otro hombre, por misericordia, paga el precio de la redención, comprando al esclavo para sí mismo. Él podría, si lo desea así, poner de nuevo al esclavo en la sección de subastas, y venderlo al postor que más ofreciere. Pero él lo “saca” de la plaza de mercado, porque ahora el esclavo ya no está en venta, pues lo compró para sí

mismo, y no lo revenderá. El esclavo es “sacado” del lugar de la subasta. Pero todavía queda una palabra más para redención, y es “*lutroo*,” que significa: “poner en libertad por pagar el precio.” Veamos de nuevo la escena: El esclavo es comprado por precio... y sacado de la plaza de mercado... pero después, el hombre que lo compró, se vuelve hacia el esclavo y le dice: “Ahora, tú eres mío, te he comprado para mí; pero, en realidad, te he comprado para dejarte en libertad. Te quito las cadenas de tus manos y de tus pies, y te dejo libre.”

El esclavo fue redimido por precio, sacado del mercado de subastas, y liberado después. (Hay una opción más que puede escoger el esclavo liberado... y debe escogerlo... y, a menos que se decida por ella, permanecerá en cierta clase de esclavitud durante toda su vida, esta esclavitud es la del “yo.” Este paso se reseña en Éxodo 21:2-6)... el esclavo liberado escoge ser esclavo de por vida del hombre que lo compró, sometiéndose al hombre que lo acaba de liberar y permitiendo que su oreja sea horadada con una lezna, convirtiéndose para siempre en esclavo de su amo). ¡Oh, que podamos aprender con este esclavo liberado en Israel, que la única y verdadera libertad que podemos disfrutar para siempre es aquella libertad que viene a nosotros cuando nos convertimos para siempre en siervos cautivos y obedientes del Único que nos compró y que después nos dejó LIBRES! ¡Oh, que podamos tener horadados nuestros oídos para oír solamente lo que El dice, y para tener un solo propósito que perseguir en la vida:

“Heme aquí para que haga, oh Dios, tu voluntad.”

Mucho se ha hecho en la cristiandad evangélica de hoy día sobre los aspectos de-una-vez-para-siempre de nuestra redención. Y, ciertamente, Su ofrenda fue un sacrificio de-una-vez-para-siempre. Pero, de-una-vez-para-siempre no significa que algo que ocurrió en el pasado, perdure, por tanto, como una cosa del pasado. Los de-una-vez-para-siempre de Dios tienen significación eterna. Los de-una-vez-para-siempre de Dios están presentes eternamente. Jesús padeció de-una-vez-para-siempre, pero 60 ó más años después, Juan vio en Patmos al “*Cordero como inmolado*.” Esto no fue un mero hecho histórico. Fue un acto de consecuencias eternas.

Hoy Su sangre es tan real y tan verdadera como lo fue en el día en que Él colgó de la Cruz, mientras la sangre fluía de Su cabeza, de Su costado, de Sus manos y de Sus pies. La sangre no se perdió en el suelo pedregoso de la colina del Calvario, sino que en Dios, ella entró realmente detrás del velo en ese ámbito eterno. No queremos decir que haya nada místico aquí, como si la sangre se hubiera embebido en la tierra, preservándose en cualquier especie de conducto natural. Él derramó Su sangre, y ella fue absorbida debajo de Sus pies por la tierra... pero en Dios ella es algo eterno, y seguirá siendo, por toda la eternidad, la cubierta de protección de aquellos que busquen un escondite de la ira y de la justicia de un Dios santo.

Y así como permanece la Sangre, resta a usted y a mí, aplicarla al corazón con el hisopo del

arrepentimiento, de la humildad, del quebrantamiento y de un corazón contrito. Esto está fácilmente disponible para todos nosotros, allí mismo, a nuestros pies, conque sólo nos humillemos y nos aferremos a ello. Jesús narró la historia de dos hombres que fueron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro, publicano. Pero el fariseo “*oraba consigo*”... Sus oraciones nunca salieron de la tierra por el corazón soberbio del fariseo:

“Dios, te doy gracias, porque no soy como los otros hombres...”

Y después continuó diciéndole al Señor todo el mal que hacen los hombres, como para desviar la atención de Dios de su propio corazón. El publicano, en cambio, ni siquiera tenía el valor de mirar a Dios a la cara, sino que con corazón y rostro compungidos, se golpeaba el pecho y clamaba:

“Dios, reconcíliame [sé propicio a mí], pecador...” “Os digo,” dijo Jesús, “que éste descendió a su casa más justificado que el otro; porque cualquiera que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado” (Lucas 18:14).

La sangre de Cristo aprovecha por igual al pecador y al creyente. Y como muchos cristianos, hay aquellos que han conocido la cubierta de la sangre y han sido redimidos, pero no han conocido la plenitud de la redención a causa de actitudes equivocadas, de motivos equivocados, de ideas equivocadas sobre Dios, o sobre algunos de los del pueblo de Dios. Algunas veces, el acto de obediencia más

simple a la voluntad de Dios, puede ser en nuestras manos el hisopo que traerá a nuestras vidas la plenitud de los beneficios de Su redención, y la liberación de nuestros espíritus en la libertad de Su amor y de Su gracia. El hisopo es una hierba amarga, pero tiene cualidades medicinales. Y cuando nosotros nos inclinamos a Sus pies, como lo hizo el publicano en el templo, o la mujer pecadora que lavó los pies de Jesús con sus lágrimas... Dios Mismo se inclina y huele una suave fragancia; y el equivocado y agobiado por la culpa y el temor, se levanta para andar en vida nueva, y para exhalar la fragancia de la gracia redentora para los demás. Esta es la razón por la cual oró David:

“Remueva el pecado en mí con hisopo,
y seré limpio; lávame, y seré emblanquecido
más que la nieve.”

La ley del leproso

“Esta será la ley del leproso en el día de su limpieza: Será traído al sacerdote. Y el sacerdote saldrá fuera del campamento; y mirará el sacerdote, y viendo que está sana la llaga de la lepra del leproso, el sacerdote mandará luego que se tomen para el que se purifica dos avecillas vivas, limpias, y palo de cedro, y grana, e hisopo; y mandará el sacerdote matar una avecilla en un vaso de barro sobre aguas vivas (*o en un vaso de arcilla que contenga agua fresca de manantial*); después tomará la avecilla viva, y el palo de cedro, y la grana, y el hisopo, y lo mojará con la avecilla viva en la sangre de la avecilla muerta sobre las aguas vivas; y rociará

siete veces sobre el que se purifica de la lepra...”
(Levítico 14:2-7).

¡La Sangre se mezcla con el Agua Viva!

¡Cuán decididos estamos algunas veces para tener la purificación de la sangre sin el uso del hisopo! Haríamos cualquier cosa carnal para librarnos del peso de la carga del pecado, que no fuera humillarnos simplemente ante los ojos del Señor.

“Naamán, general del ejército del rey de Siria, era gran varón delante de su señor, y en alta estima, porque el SEÑOR había dado salvación a Siria por él. Era este hombre valeroso de virtud, pero leproso” (2 Reyes 5:1).

Y esta última frase “*pero leproso*” casi parece hacer que todo lo dicho antes careciera de significado. Su grandeza, su honor, su poder... ¿qué importaban realmente si esa terrible enfermedad estaba consumiendo su carne? Pero una joven y cautiva israelita que servía a la esposa de Naamán, sintiendo piedad por su amo, mencionó que existía una curación.

“Si rogara mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra.”

Lo dicho llegó a oídos del rey, y éste envió a Naamán a Israel con plata y oro y vestidos abundantes con el fin de procurar la sanidad de su afligido general. Naturalmente, él buscaría al rey de Israel porque un profeta de tal capacidad estaría viviendo ciertamente en el palacio real o en sus inmediaciones. Pero el rey se puso furioso. “¿Quién

soy yo?”, dijo. “¿Cree el rey de Siria que yo soy Dios para que pueda limpiar a un hombre de su lepra?” Este hombre está a punto de iniciar una contienda. Eliseo tuvo noticias de esto, y envió a decir al capitán que viniera a él y sabría que había un profeta en Israel. Y así, Naamán vino hasta el profeta con plata y oro y mudas de ropa, y envió un mensajero a la puerta del profeta, y buscó al hombre de Dios que se presentaría, quizá, con alguna especie de vara mágica en la mano y, al son de trompetas, lanzaría imprecaciones contra la detestable enfermedad, librándolo de ella. Pero Eliseo lo único que hizo fue permanecer en su habitación y le envió a decir con un mensajero:

“Ve, y lávate siete veces en el Jordán, ... y serás limpio...”

¡Qué humillación y qué decepción para ese grande y noble hombre! En casa tenía mejores ríos... y más limpios y frescos. “¿Me dices que me lave y seré limpio sumergiéndome en las aguas fangosas del Jordán?” Y se fue muy enojado.

Lo que Naamán no comprendía y lo que usted y yo dejamos de comprender con tanta frecuencia, es que lo que Dios ha determinado para nuestra vida y para nuestra liberación y bendición, no es para medirse en términos de lo que yo pueda darle a Dios en cambio; ni se trata, hablando en términos generales, de conseguir la ayuda externa de algún gran ministro que tenga fama de hacer milagros. Por lo general, el problema está dentro de nosotros mismos. Y el verdadero gran ministro, antes que hacer alarde del poder que tiene, simplemente le

dirá a la persona en desgracia la Palabra del Señor que, puesta por obra, llevará a ese individuo que está buscando ayuda, a un simple caminar en obediencia con el Señor, que hará por él lo que nada más puede hacer. Se trata simplemente que ese individuo tome un manojito de hisopo, y se aplique, por sí mismo, el remedio que Dios ha puesto al alcance de cualquiera que se humille lo suficiente en Su presencia, y que se humille lo suficiente ante los hombres, para sacar del corazón de Dios la efusión de Su gracia que Él ha reservado para el espíritu quebrantado y para el corazón contrito. Algunos recorrerán esta tierra a lo largo y a lo ancho, o irán a tierras extrañas para buscar la liberación; y, sin embargo, todo el tiempo el hisopo de la humildad y del arrepentimiento ha estado creciendo ahí, junto a sus pies. Si un individuo tiene que viajar y gastar tiempo y dinero para hacer tal descubrimiento... enhorabuena. Pero en el caso de Naamán y, con frecuencia, en nuestro caso... la respuesta no está en el profeta, sino en la Palabra del Señor que un profeta fiel puede revelar; y Eliseo, sabiendo esto, tuvo cuidado de permanecer fuera de vista, y dejar la Palabra en manos de un hombre en gran necesidad – para que Naamán pudiera echar pestes sobre ella... meditarla... y, finalmente, someterse a ella.

Son muchos los creyentes que han bregado durante meses y durante años con la condenación y el desasosiego en el espíritu y en el alma, porque se han negado tercamente a inclinarse para recoger un manojito de hisopo, y, con toda humildad, ir hasta aquel que él cree que le ha injuriado y a quien culpa por su desgracia, y confiese que ha estado

manifestando una actitud equivocada y demostrando un espíritu injusto. Dios quiere que sepamos que no hay NADA externo que pueda hacernos daño si estamos bien por DENTRO. Y, además, Él nos hace saber que TODO lo que venga en contra nuestra desde FUERA, puede producir BIEN en nuestra vida, si lo recibimos como si fuera de ÉL, y no como de aquel mal hermano, o incluso del diablo. Un mal hermano puede haber estado involucrado... el diablo puede haber estado involucrado... pero un hombre de verdadera fe y confianza (como Job) dirá: “Dios lo ha hecho....” Y Job tenía razón, como Dios lo testificó después. Quizá, una de las Escrituras más citadas de la Biblia (y podríamos añadir, la menos reconocida como Verdad) es:

“Y ya sabemos que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme al Propósito son llamados (a ser santos)” (Romanos 8:28).

Con seguridad los hombres perversos están involucrados; con seguridad, Satanás está obrando allí con constancia para poner obstáculos y para frustrar; y esta doctrina no exime del mal a los hombres, ni nos estimula para que tengamos más tolerancia para con el diablo. Ella reconoce simplemente que Dios, en Su gran sabiduría, puede tomar todas las fuerzas contrarias que buscan estorbarnos en nuestro caminar con Dios, y volver, literalmente, estas armas contra el propio Enemigo, para que Satanás sea el autor de su propia derrota.

En toda la historia de la Iglesia, Dios ha mantenido vivo, al menos entre algunos de los de Su

pueblo, ese gran deseo, ese anhelo por la pureza y por la santidad del corazón. A veces, Él ha llevado a cabo grandes visitaciones en este campo, donde los hombres han buscado a Dios con tal intensidad de espíritu, para poder conocerle en Su amor y en la perfección de Su santidad. Estos movimientos desaparecieron pronto... pero la doctrina permanece, sobrecargada con toda clase de legalismos y de obras, en un intento por perpetuar lo que Dios hizo una vez por medio de Su Espíritu. Luego, están aquellos que al oír la Palabra referente a Su gracia y a Su misericordia, se dan por salirsen de esta clase de legalismos, y llegan al convencimiento que esa santidad es, por sí misma, un don de Dios, y no algo que se pueda conseguir por medio de las buenas obras. Esto está bien. Pero son muchos, muchísimos los casos en que la doctrina de la separación, y de la santidad, y de la purificación del corazón, se deja simplemente a un lado, como algo que no se logra realmente a plenitud en esta vida; así que nosotros sólo nos regocijaremos en Su gracia, y dejaremos la santidad, la pureza del corazón, y la perfección para la otra vida.

Pero Dios tendrá una “*Iglesia gloriosa...*,” no en lo venidero, sino “aquí.” Algunos predicadores de la santidad, con el fin de justificarse a sí mismos, tienen buen cuidado de establecer una diferencia entre los pecados – haciendo que algunos sean “pecado” como tal, en tanto que los demás son “errores.” De este modo, todavía podemos proclamar que no somos pecadores, y que aquello en lo que caigamos, bien puede ser sólo un “error,” no un verdadero pecado. Creo que no hay engaño más gran-

de que el de aquel que se engaña a sí mismo. ¿Por qué no, si nuestros corazones están anhelando sinceramente la realidad y la pureza del corazón... entonces dejemos la doctrina en su alto y santo ámbito donde Dios mora, y busquémosle hasta que Él nos lleve a ese ámbito, antes que buscar corromperla un poco con tal que podamos sentirnos seguros con el convencimiento que tenemos lo que enseña la Biblia? ¿Por qué no buscamos que Dios nos lleve a esos ámbitos más altos Consigo Mismo, antes que buscar hacer descender ese alto y santo lugar a nuestro nivel de experiencia? Resulta extraño, pero es verdad que los hombres sostendrán su doctrina antes que todo, y se justificarán a sí mismos por su falta de resultados... antes que dejar a un lado sus doctrinas para encontrar verdadero reposo y alegría en creer que Dios tiene reservado para Su pueblo abundantes cosas y muchas experiencias y demasiados campos por conquistar aunque hasta ahora no los hayan conocido ni comprendido.

Dios tendrá una “*Iglesia gloriosa;*” y ella será sin “*mancha,*” sin “*arruga,*” sin “*tacha*”... ni “*cosa semejante.*” Y ello será en el “*lavamiento del agua por la Palabra.*” Los humildes han aceptado la Palabra, como lo hacen siempre, y están contentos. Porque los humildes saben bien que, a pesar de la aspersión de la Sangre del Cordero Pascual, y a pesar de nuestra liberación del lugar y de la fuente de nuestra anterior esclavitud, todavía llevamos con nosotros, como Israel en la antigüedad, el “*oprobio de Egipto.*” El pueblo de Dios sigue todavía cautivo en mucho de lo concerniente al mundo, a la carne y al

diablo – y se ha acostumbrado tanto a ello, que muchos no se dan cuenta de su esclavitud. Este “oprobio” debe ser, sin embargo, extirpado en nuestro Gilgal por una nueva circuncisión, una circuncisión del Espíritu, antes que podamos poseer verdaderamente la herencia. No solamente hemos sido comprados y sacados del lugar de la subasta, sino liberados y exonerados para servir y adorar a Dios en Espíritu y en Verdad en la “*gloria [hermosura] de la santidad*”. Encontramos difícil tomar el hisopo de la humildad y del arrepentimiento porque, por naturaleza, dentro de cada uno de nosotros existe el “*hombre de pecado,*” que buscará conservar para sí mismo la sala del trono del “*templo*” de nuestro corazón, y negarle al Señor de la Gloria Su plena Potestad en nuestra vida. Si hay preocupación en este campo por alguna persona con el corazón conturbado, por lo general, tenemos a mano alguien para aliviar la pena con la doctrina que la Sangre de Cristo nos cubre a todos, así que sólo olvídense de sus angustias y regocíjese en Su gracia. La Sangre de Cristo sí cubre todo. No nos equivoquemos sobre esto. Lo que estamos diciendo es cómo aplicar esa Sangre.

Para la limpieza del leproso, Dios mandó que se tomaran dos avecillas...

“vivas, limpias, y palo [madera] de cedro, y grana, e hisopo....”

Todas estas cosas son hermosas en su significación... y nosotros solamente nos referiremos brevemente a ellas. Las avecillas representan al Señor del Cielo. “Dos” – representa a Cristo en la muerte

y a Cristo en la Resurrección. Pero “dos” es el número de la “colectividad,” porque Cristo se hace uno en Su pueblo. (Observe que en el cuerpo humano hay “dos” ojos, “dos” orejas, “dos” brazos, “dos” piernas, “dos” pulmones, etc.). El cedro representa la fortaleza y la majestad de Su humanidad. La grana, el color de Su sacrificio. Laavecilla es muerta en un vaso de arcilla sobre aguas corrientes... o, literalmente, “*agua viva*.” Parece que tenía que haber agua limpia y fresca en el vaso de arcilla, a fin que la sangre se mezclara, al gotear, con el agua pura. El Agua y la Sangre se acordarán en una...

“...Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la Verdad” (1 Juan 5:6).

Hay mucho sobre la purificación por la Sangre que la Iglesia ha perdido de vista en estas pocas generaciones pasadas. En nuestros días, las doctrinas de la Sangre han sido relegadas con demasiada frecuencia a zonas descritas como “judiciales,” poniendo muy poco énfasis sobre lo práctico y lo experimental. Y así se nos ha hecho comprender; y es, justamente... por causa de la Sangre como Dios nos ve “limpios.” Él considera que somos “limpios” si creemos (aunque en la práctica sepamos que no estamos limpios). Es verdad que Dios nos ve como “limpios” a causa de Su Sangre, porque Él sabe que la aplicación de esa Sangre nos hará tan limpios como Él nos ve. En el corazón de Dios no existen pensamientos como éste: “... Bien, yo sé que tú eres pecador y corrupto por naturaleza, y que siempre lo serás; pero Jesús, Mi Hijo es puro y, por tanto, considero que tú eres limpio por causa de Él.” La

Biblia dice que si hay verdadera comunión, hay purificación; y que la purificación es de “todo pecado.” Y que la medida de la purificación es “*así como Él es puro.*”

“Mas si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión con él, entre nosotros, y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado. Si dijéremos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros.”

(Pero no debemos detenernos aquí, como muchos lo hacen). Sigamos leyendo:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados...”

Tampoco nos detengamos aquí,

“y nos limpie de toda maldad” (1 Juan 1:7-9).

“Y cualquiera que tiene esta esperanza en él, se purifica, como él también es limpio” (1 Juan 3:3).

Por supuesto, hay muchas, pero muchas otras Escrituras que hablan de esta purificación vital y experimental; y creemos que Dios enfatizará cada vez más esta verdad en esta hora de la purificación de la Esposa de Cristo. Y estoy agradecido por esta gloriosa Verdad, y por el grado de exoneración y de libertad que llega a ser nuestro, cuando depone-mos nuestras doctrinas motivados por hambre para la realidad. Sigamos alimentando esa hambre y esa sed de justicia. Porque cuando lo hagamos así, vamos a descubrir todo un nuevo ámbito de gozo en Su Palabra. Y, de ahí en adelante, antes que buscar

la justificación de nuestra vida rebajando la Palabra, hasta acomodarla a nuestro patrón de conducta, le pediremos al Señor que nos conceda la posibilidad de aplicar el hisopo de la mansedumbre y de la humildad para “cambiarnos” y para “levantarnos,” hasta Su propio patrón, aun en las alturas de Su gracia y de Su gloria que el Señor nos tenga por morada.

Dos avecillas... una muerta y la otra sumergida en la sangre que fue derramada sobre aguas vivas; y después, dejada en libertad a campo raso. ¡Libre como un ave! Pero, solamente libre por la sangre y por el agua viva.

“...no por agua solamente, sino por agua y sangre” (1 Juan 5:6).

¡Libre como un ave! Pero, solamente libre porque otra ave tuvo que morir. ¡Libre como Cristo! Pero, solamente libre en el Cristo que está vivo, porque fuimos identificados con el Cristo que tenía que morir. Uno con Él en la resurrección de la vida, sólo porque somos uno con Él en la crucifixión. Y la libertad del Espíritu que conocemos sólo es posible porque hemos sido sumergidos en la Sangre por obra del Espíritu.

En la corriente del Espíritu de Dios fluye toda la eficacia de la Sangre de Cristo. Esa Sangre está viva y es eficaz hoy, tan viva como lo estaba el Día en que brotó del monte Calvario la fuente por el pecado y la impureza. No podemos participar del Espíritu sin participar de la Sangre... porque ellos están entremezclados. La fuente de agua viva de Su Espíritu se ha mezclado conjuntamente con la

fuelle de la Sangre que fluyó de las venas del Señor de los Cielos cuando Él colgó de la Cruz en el Calvario. El viejo himno dice:

*Hay una fuente llena de Sangre,
Que brota de las venas de Emmanuel;
Y los pecados sumergidos en esa fuente
Pierden todas las manchas de su culpa.*

*Amado Cordero moribundo, tu Sangre preciosa
Jamás perderá su poder,
Hasta que la Iglesia de Dios redimida,
Sea salvada para no pecar más.*

Hacemos menosprecio al Espíritu de Cristo si damos testimonio que nosotros estamos llenos del Espíritu; y, a renglón seguido, damos testimonio que no creemos o no esperamos que Dios nos puede limpiar de todo pecado. No liberamos nuestro espíritu para la plena eficacia de la Sangre, si no nos unimos con el Espíritu de Dios en “dar testimonio” para la “Sangre” y para el “Agua.” Para esto fue derramada la Sangre, para limpiar de todo pecado. Y es por esto por lo que la Sangre se mezcla con la Fuente de Su Espíritu con el fin que, al participar de Su Espíritu, podamos, del mismo modo, participar de la purificación y del saneamiento de la Sangre. Y ésta es la razón por la cual se le llama Espíritu Santo... porque Él vendrá para morar en el templo que somos nosotros para hacernos santos. (Por favor, no sea tan loco como para persuadir a los hombres que no busquen el Bautismo del Espíritu Santo hasta cuando ellos estén completamente santificados. Sólo el Espíritu de Dios, al venir para

morar, puede hacer que usted sea ese vaso santo que Dios quiere que usted sea).

Ahora, estamos hablando del “hisopo,” que es uno de los ingredientes de esta Fuente de Vida. Sólo el humilde lo verá, y se regocijará. Sólo el humilde participará de ello, porque sólo el humilde puede humillarse lo suficiente para descubrir el lugar de la morada de Dios. (No lo olvide, usted nunca entrará en esta clase de vida hasta cuando descubra el lugar de la morada de Dios, y después habite allí con Él).

“Y volviéndose Jesús, y viéndolos seguirle....”
(Cuando usted empiece a seguir sinceramente a Jesús, Grande y Poderoso como Él es, Él se volverá y se dará cuenta...).

“Y volviéndose Jesús, y viéndolos seguirle, les dice: ¿Qué buscáis? Y ellos le dijeron: Rabí (que declarado quiere decir Maestro) ¿dónde moras?”

Oh, cuánto anhelamos encontrar Su morada para que podamos acercarnos a Él... ¡aun cuando sea por un momento! Sólo para saber dónde mora Él, con el fin que, en momentos de tensión, de incertidumbre y de perplejidad, podamos encontrar las respuestas a los problemas que nos agobian. “Maestro, ¿dónde moras?”

“Les dice: Venid y ved.”

¡VENID Y VED! Hubiera sido mucho más fácil si hubiéramos tenido un mapa de rutas, y hubiéramos anotado claramente la dirección. No decimos

que no se hayan impreso muchos de tales mapas, pues hay muchos de ellos por todas partes. Si usted quiere encontrar realmente a Dios, debe ir a tal o cual lugar. Dios está obrando allí realmente. O, Dios envió un gran renacimiento a tal o cual lugar hace 50 u 80 años – y, quizá, si usted fuera allí, podría encontrarle.

Job, en su gran perplejidad, trató desesperadamente de encontrar a Dios... buscando a diestra y siniestra... yendo a donde Dios estaba OBRANDO, pero no le encontró allí. (Ver Job 23:9,10). Esta es la parte desalentadora de esto. Usted sabe que Dios está obrando ALLÍ... por lo cual va ALLÍ, pero todavía no descubre realmente a Dios. Entonces, ¿dónde encontró él a Dios? Lo encontró cuando descubrió el CAMINO de Dios. Le encontró en su propia prueba y en sus sufrimientos. Él le encontró allí, junto a él, en el montón de cenizas... pero no lo supo en ese momento.

¿Dónde moras? ¡Venid y ved!

“Porque así dijo el Alto y Sublime,
el que habita en eternidad, y cuyo nombre es
El Santo,
que tengo por morada la altura y la santidad;
y con el quebrantado y abatido de espíritu
habito,
para hacer vivir el espíritu de los abatidos,
y para hacer vivir el corazón de los
quebrantados.
(O “de los golpeados”) (Isaías 57:15).

¿No iremos allí para morar con Él, no solamen-

te un día... como los dos discípulos de antaño... sino todos los días? Él nos hace la invitación: “¡VENID Y VED!” Este es el único mapa de rutas que Él tiene para usted. Los demás le pueden hablar de Él. Los demás le pueden dar todas las respuestas. Pero hasta que usted “venga” y ande con Él en el Camino, y Vea por usted mismo – jamás descubrirá realmente dónde mora Dios.

Las cenizas de la vaca

“Y un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca, y las pondrá fuera del campamento en un lugar limpio, y las guardará la congregación de los hijos de Israel para el agua de separación; es pecado [expiación]” (Números 19:9).

“y tomará hisopo, y un varón limpio lo mojará en el agua, y rociará...” (Números 19:18).

Qué poco valoramos los “ingredientes” de la gracia de Dios que fluyen hacia nosotros, los que somos partícipes de Su Espíritu. Todos los ingredientes de la Cruz están mezclados conjuntamente en el Espíritu de Verdad, que ha venido a morar dentro de Su pueblo, del mismo modo que las cenizas de la vaca bermeja, y las cenizas del hisopo y de la grana y de la madera de cedro están mezcladas conjuntamente en el agua de la separación. Ahora,

“porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y la ceniza esparcida de una becerra, santifica a los inmundos para purificación de la carne, cuánto más la sangre del Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias

de las obras de muerte para que sirváis al Dios viviente?”

Pablo hace una pregunta que no necesita respuesta, pues lo es la pregunta en sí. ¿Cuánto más puede la Sangre de Cristo? Esto va más allá del tema del perdón. Sabemos que somos perdonados, y sabemos que Dios nos justifica y nos mira como un pueblo redimido... como un pueblo que es justo a causa de la justicia de Cristo. Pero, ¿cómo podemos comprender esto, para que podamos mirarnos como Dios nos mira, habiendo sido purificada nuestra propia conciencia de toda contaminación? Hay zonas de limpieza por medio del “Agua de separación,” de las que sabemos muy poco todavía. Creo que hemos minimizado y limitado grandemente la obra de purificación del Espíritu de Dios en nuestra vida. Dios tiene una purificación para la mente que es tan total y tan completa, que la misma conciencia es purificada de las obras de muerte para servir al Dios vivo, y no quedará “más conciencia de pecado.” Y si la Sangre de Cristo no aprovecha para esto, ¿había alguna necesidad que Cristo muriera? ¿No hubiéramos podido continuar con las ofrendas de los toros y de los machos cabríos? Y, ¿el “agua de separación” y las “cenizas de la becerro” incorporados en esa agua no tomarían entonces el lugar del Espíritu eterno en nuestra vida?

El potencial y las implicaciones de la Sangre de Cristo, y la naturaleza y el carácter de la corriente de vida de Dios que ha incorporado la eficacia de esa Sangre para la purificación de Su pueblo, va más allá de cualquier cosa que hayamos imaginado

alguna vez, o creído posible. Porque no puede haber nada más limpio y puro en ninguna parte del universo de Dios, que los contaminados hijos de Adán que han sido limpiados y purificados por la purificación de la Sangre y por el lavamiento de Su Espíritu Santo.

El apóstol tiene cuidado en decir que fue “mediante el Espíritu eterno” que Jesús se ofreció a Sí Mismo sin mancha a Dios. Cuando la preciosa Sangre de Cristo estaba fluyendo de Su sagrado cuerpo, el Espíritu de Dios estaba allí – absorbiendo cada gota de ella en Su propio Ser. Llegaría el momento en que Jesús sería glorificado para que el Espíritu Santo, impregnado con la Sangre de Cristo, fuera derramado sobre el pueblo de Dios como una corriente pura de agua de vida, limpia y purificadora, para purificar la propia conciencia del alma afligida y agobiada de pecado.

La conciencia es ese íntimo “conocimiento de uno mismo”... ese conocimiento interior del YO. Ahora, Dios mira (por medio de la Sangre de Cristo) y ve la redención y la sanidad perfectas. Tan perfectas... que Él declara:

“Nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.”

Ahora, por medio de la aplicación de la Sangre y de la operación de Su Espíritu en nuestras vidas, Dios hará que nos veamos a nosotros mismos como Él nos ve... limpios, puros, y santos – con el pasado bajo la Sangre y el olvido.

Nunca podía entender como podía “olvidar” Dios

lo que era fácil de “recordar” para mí. Esto debía ser apenas una manera de decir las cosas. Con seguridad, ino era posible que Dios pudiera OLVIDAR! Más adelante, creo que le oí decir al Señor: “Tú no puedes olvidar porque eres humano; pero Yo si puedo olvidar porque soy Dios.”

Dios ya no tiene ningún problema con nuestros muchos pecados del pasado, iporque la Sangre de Cristo los ha borrado de Su mente! Nosotros sabemos esto. Pero la “conciencia” sigue reteniendo estos pensamientos, porque la “mente” no ha sido completamente renovada, y la mente carnal, que siempre está enemistada contra Dios, se niega a perder su dominio sobre nosotros. Pero en la Nueva Creación, las cosas pasadas son suprimidas y no vendrán a la mente.

Ahora tenemos la vida de la Nueva Creación. Pero ella está en embrión. ¡Oh, que el Cuerpo de Cristo pueda seguir la visión de la total unión con Cristo! Porque es solamente en esta unión total con Él como conocemos y experimentamos la “plenitud del Espíritu” en nuestras vidas, y la plenitud de la eficacia de la Sangre de Cristo, que viene a nosotros a medida que participamos de ese Espíritu.

Remueva el pecado en mí con hisopo (Salmo 51)

“Ten misericordia de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tu compasión rae mis rebeliones.

Lávame más y más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado.”

David fue un hombre según el corazón de Dios. No porque él fuera sin pecado... sino porque su corazón estaba puesto en Dios, y estaba deseoso de seguir el camino de Dios. Cuando David fue confrontado con su pecado por la palabra del profeta – se vio atrapado de improvisto por la parábola que le refirió Natán: Cierta hombre rico con muchos hatos y rebaños, queriendo hacer una fiesta fue y se robó la cordera que poseía un hombre pobre, y la mató. David se puso furioso. Natán se volvió a él, y le dijo: “*¡Tú eres aquel varón!*” David replicó: “*Pequé contra el SEÑOR.*” En seguida vino la respuesta de Dios: “El SEÑOR ha remitido tu pecado.”

Parece que esto fuera todo el alcance de la predicación del Evangelio en los días modernos... y es bueno mientras dure. Dios remite el pecado del arrepentido, y lo mira como totalmente justo a causa de la Sangre de Cristo.

Pero el hombre según el corazón de Dios empezará a escudriñar su corazón, y clamará a Dios por la “purificación.” ¿Qué es lo que anda mal? ¡Hay algo por dentro que no está bien! Aquí me encuentro... habiendo conocido a Dios todos estos años... y, de repente, aparece una tentación y caigo en ella. ¡Necesito la purificación!

“Lávame más y más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado.”

¡El hombre según el corazón de Dios está interesado en que su mente sea renovada y su corazón sea cambiado hasta que él pueda pensar como Dios piensa, y sentir como Dios siente.

“Porque yo reconozco mis rebeliones;
y mi pecado está siempre delante de mí.”

¿Pero David, usted se olvidó? ¿No recuerda cuando dijo Natán: “*El Señor ha remitido tu pecado*”? Sí, él sabía que Dios lo había hecho así; pero aquello todavía estaba en su conciencia. El perdón sin la purificación deja todavía manchada la conciencia, y Dios ha hecho abundante provisión para la purificación de la conciencia, semejante a la que Él tiene para la remisión del pecado en sí. Hay cinco ofrendas en particular que Dios ordenó para Israel en el Antiguo Testamento, todas las cuales hablan de la obra de la Cruz, pero cada una de algún aspecto preciso de esa obra. (Ver Levítico, capítulos 1 al 5). Todas las ofrendas hablan de Cristo, y todas hablan de Cristo en unión con Su pueblo; pero, como sabemos, la verdad de Dios es múltiple en su hermosura y, por tanto, se necesitan muchas figuras y símbolos para describir adecuadamente toda la Verdad. Y aun entonces, ellos son sólo figuras y sombras de la realidad. Así, el Holocausto hablará de Cristo en absoluta obediencia a la voluntad del Padre, lo que acontece con los sufrimientos de la Cruz, y que suben a Dios como olor grato. Jesús se gozó en hacer la voluntad del Padre; y la complacencia absoluta de Dios estaba en Él. Después, había la Ofrenda de Sartén: Cristo es el Pan de Dios. Y, ahora, en unión con Su pueblo, nosotros somos Un Pan y Un Cuerpo, molidos finísimamente en los molinos de Dios, ungidos y mezclados con el aceite fresco de Su Espíritu, y horneados en los hornos de la prueba y de la aflicción para aparecer, sólo entonces, como el pan de vida.

La Ofrenda de Paz es Cristo de nuevo – pero Aquel que no solamente proclamó la Paz, y que hizo la Paz, sino Aquel que LLEGÓ A SER realmente nuestra Paz. Cuando Dios derribó las paredes de separación que una vez separaron a las naciones de los pactos de la promesa, Él llegó a ser, en el acto, la Paz de Dios para todos los que le aceptemos. Las naciones seguirán en su enemistad contra Dios y entre ellas mismas, porque han rehusado la Paz que Dios hizo. Pero entremezclado entre las naciones está el verdadero pueblo de Dios, que ha aceptado esa PAZ. Ellos pertenecen a otro Reino que no es de este mundo. Ellos son hombres de PAZ. Por tanto, no se valen de la espada para defender a su Maestro, sino que se valen de la Espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. Finalmente, llegamos a la Ofrenda por el Pecado y a las Ofrendas Expiatorias que tienen que ver totalmente con nuestros pecados, como una ofensa contra Dios y contra los hombres, y que limpian y purifican del todo la conciencia culpable en cuanto tiene que ver con nosotros mismos.

David dijo que su pecado estaba siempre ante él, aun cuando Dios dijo que lo había remitido. ¿Fue éste un simple caso de David tratando de creer lo que Dios dijo? No, él necesitaba la purificación. Para la mayoría de nosotros no es demasiado difícil creer y entender que Cristo murió por nuestros pecados. Nuestros problemas empiezan cuando miramos dentro de nosotros y descubrimos que, interiormente, vamos mal por la naturaleza de nuestro corazón, y encontramos que somos incapaces de hacer algo al respecto.

Ahora, si se tratara simplemente de un asunto de saber lo que Dios dijo, y de decidir lo que vamos a creer, el asunto podría resolverse rápidamente. Porque Pablo nos dice: Así también vosotros, “*pensad*” que vosotros de cierto sois muertos al pecado; mas que vivís a Dios. Sin embargo, cuántos de nosotros no lo hemos “*pensado*” y reconsiderado de nuevo, solo para descubrir que el problema perdura todavía.

No produce extrañeza que el apóstol Pablo, habiendo declarado estas verdades acerca de “*pensar*” como Dios “*piensa*” en Romanos 6, las continúa en el capítulo 7, con gran clamor y gemido por la liberación. Porque no es por medio de la mente carnal como usted puede decidirse a encontrar el triunfo de la Cruz... sino solamente cuando usted toma esa Cruz y la lleva a cuestas. Esto requiere una operación Divina. Esto requiere una obra del Espíritu en nuestras vidas que, a pesar de nuestro conocimiento de lo que Dios ha hecho, seguimos bregando, sin embargo, bajo el peso de una conciencia agobiada por el pecado. Esto requiere una obra profunda del arrepentimiento, pero debemos saber y entender que esto también es una obra de Dios.

“Porque yo reconozco mis rebeliones;
y mi pecado está siempre delante de mí.
Contra ti, contra ti solo he pecado,
y he hecho lo malo delante de tus ojos;
para que seas reconocido justo en tu palabra,
y puro en tu juicio.”

Este es el primer paso que debemos dar para

que gocemos de la plena restauración hacia Dios, y conozcamos el gozo de Su salvación. ¡Reconocer que Dios es justo, y que nosotros estamos equivocados! Esto parece ser tan difícil, y no llegaremos a ninguna parte hasta cuando dejemos a un lado nuestras disculpas. Heredé este mal genio, esta naturaleza maligna. Adquirí este mal espíritu de mi ancestro familiar. Mi padre tuvo este mismo problema, y también lo tuvo mi abuelo. Y hay muchos ministros sinceros que buscan ayudar al agobiado con el peso de la culpa, quienes acolitan las disculpas pensando que así pueden llegar a la verdadera raíz del problema. Todos nosotros sabemos y entendemos que esto es así, y David también lo reconoció...

“He aquí, el dolor de mi iniquidad
me ha hecho revolcar;
mi madre me concibió para que el pecado
fuera removido de mí.”

Mi madre pecó... mi padre pecó... y mis abuelos pecaron... pero ahora éste es mi problema. La transgresión de Adán ha llegado a ser mía también; pero, el Último Adán se las entendió del todo con la transgresión de Adán en la Cruz, y lo que nosotros necesitamos ahora es esa obra del Espíritu de Dios en nuestras vidas, para que rompa el vínculo ancestral que una vez tuve con el viejo Adán, y llegue a unirme al Último Adán. Ahora, ¿qué propósito hay en tratar de rastrear nuestros problemas ancestrales en una, dos, o tres generaciones atrás... cuando hay en realidad un vínculo inquebrantable de problemas a todo lo largo del camino hasta Adán? Dios

rompió ese vínculo en la Cruz. El Espíritu Santo ha absorbido en Su Ser la maravillosa eficacia de la Sangre; y conocemos y experimentamos esa purificación cuando aprendemos los caminos de Dios y andamos en ese Espíritu.

En verdad que fue culpa de Adán. Pero ahora es mi falta. No puedo culpar a Adán, o a mis padres, o a mis parientes... ahora es mi culpa.

Cuanto más pronto dejemos a un lado nuestras disculpas y aceptemos la responsabilidad, más pronto conoceremos el gozo de Su salvación. Simplemente debemos enfrentar los hechos, y RECONOCER LA VERDAD.

Pablo dice:

“...si por ventura Dios les dé que se arrepientan y conozcan la verdad, y se conviertan del lazo del diablo, en que están cautivos, para hacer su voluntad” (2 Timoteo 2:25-26).

Así, entonces, no podemos culpar realmente al diablo tampoco. ¡Oh, cómo le gusta a la humanidad descargar la culpa en alguna otra parte –en cualquier parte– mientras podamos disculparnos a nosotros mismos! Mi padre tuvo este problema. Yo tengo este mal hábito a causa de mi abuelo. El diablo me hizo hacerlo...

Debemos hacerle frente a la Verdad. Al reconocimiento de la Verdad. ESTOY EQUIVOCADO, Y TÚ, DIOS, ¡TIENES LA RAZÓN! El “hisopo” está justamente allí, a nuestros pies... pero debemos agacharnos mucho

para cogerlo... y sumergirlo en el agua de la purificación, y aplicarlo al corazón.

“He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo;
y en lo secreto me has hecho comprender
sabiduría.

Remueva el pecado en mí con hisopo,
y seré limpio;
lávame, y seré emblanquecido más que
la nieve.”

Los hombres han ideado muchas “normas” para la purificación del pueblo de Dios... normas legales que jamás cumplen realmente el deseo del corazón de Dios. Necesitamos orar los unos por los otros en los problemas. Necesitamos tomar los unos las cargas de los otros y llevarlas como reyes-sacerdotes al Lugar Santísimo... intercediendo en su nombre. Hay veces en que necesitamos confesarnos nuestras faltas los unos a los otros, cuando Dios nos muestre Su voluntad en el asunto por medio de Su Espíritu, y nos envíe a alguien que, de una manera misericordiosa y sacerdotal, lleve nuestra carga “fuera del campamento” y a “un lugar limpio.” Recuerde que Dios se las entiende con el pecado en “un lugar limpio.” Dios no quiere que Sus sacerdotes expongan al descarriado en toda su desnudez ante la mirada profana de mucha gente carnal. Cuando Moisés lavó a Aarón y a los hijos de éste, lo hizo en el lavatorio situado en el atrio exterior del Tabernáculo – en la entrada al Lugar Santo. A nadie que no fuera sacerdote y levita se le permitía estar en dicho lugar, que sólo estaba expuesto al Cielo de arriba. Rodeando el atrio estaba una cerca

elevada de lino de cinco codos de altura – más alta que cualquier hombre de Israel. El “agua de la purificación” se preparaba en un lugar limpio “fuera del campamento.”

A pesar del odio y del escarnio que se acumularon sobre Jesús, Dios estaba haciendo algo en “un lugar limpio” pues, ante los ojos de Dios, el Calvario fue el lugar más santo de la Tierra cuando Jesús colgó allí de la Cruz. Dios no dejaría que Él muriera dentro de las murallas de Jerusalén. Tenía que ser “fuera del campamento” y en “un lugar limpio.” Y si Dios, en Su gracia, permite alguna vez que usted y yo compartamos la culpa del pecado que cuelga pesadamente sobre un hermano o una hermana, recuerda que estamos interviniendo en cosas sagradas. Ese pecado confesado y llevado ante el trono de la Gracia, ya no pertenece a tal individuo. En adelante, ¡pertenece a Cristo! ¡Y usted debe olvidarlo!

En verdad, no es una cosa agradable oír los pecados de un transgresor cuando son derramados en los oídos de usted... pero es una experiencia bendita ver el corazón humilde y contrito quebrantado ante Él. La parte dolorosa es que, de algún modo, parece tan difícil olvidar realmente lo que Dios ha olvidado. ¡Oh, que tengamos un corazón puro... que nos haga olvidar lo que Él ha olvidado!

Jamás olvidaré el testimonio de un apreciado hermano que estaba ministrando a un grupo de almas agobiadas por el pecado en algún país de Europa. Ellos llegaron con corazones quebrantados y

descargaron sus pecados y sus problemas uno por uno, en tanto que él los llevaba ante el trono de la Gracia. Luego, él confesó lo sucio que se sentía con su mente confundida por los pecados del pueblo de Dios. Después oró: “Señor, libra mi mente de toda inmundicia...” Pocos minutos después miró en torno del cuarto... y, para su sorpresa, no podía recordar un solo pecado que hubiera sido confesado. Dios los había borrado completamente de su mente.

¿Qué había sucedido? Había habido tal flujo del Espíritu de Dios en medio de ellos, que Dios había lavado hasta el mismo recuerdo de los pecados perdonados, y limpiados, y ¡OLVIDADOS! ¡Dios había olvidado, y también había hecho que el sacerdote del Señor olvidara!

“Remueva el pecado en mí con hisopo,
y seré limpio;
lávame, y seré emblanquecido más
que la nieve.”

Todos nosotros sabemos que esto está en la Sangre, no en el hisopo, realmente. Pero, ¡de qué manera enfatiza Dios para usted y para mí esta gracia, el perdón y la purificación que están creciendo allí, a nuestros pies! La salvación está allí, a nuestro alcance, conque sólo reconozcamos la Verdad, en lugar de tratar de disculparnos y de engañarnos a nosotros mismos.

Por medio de la dolorosa experiencia, David pudo identificarse con la Verdad, y arrojarse sobre la misericordia de Dios para la gracia necesaria. Él aprendió que no podía confiar en su propio

corazón, que su ser interior estaba equivocado... que él tenía que ser cambiado.

“Hazme oír gozo y alegría;
y se recrearán los huesos que has abatido.
Esconde tu rostro de mis pecados,
y rae todas mis maldades.
Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio;
y renueva un espíritu recto dentro de mí.”

Feliz aquel que ha sido favorecido por el Señor para que descubra todos sus problemas en las profundidades de su propio corazón. Entonces, él no tendrá nada que decir de ningún otro... ni nadie a quien condenar... ni nadie a quien señalar con el dedo. Todos los problemas están por dentro. Nadie puede hacerle daño desde afuera. El hombre que ha descubierto la verdadera fuente de su propia miseria, se queda sin habla. Y después, el corazón puro y el espíritu renovado producen una nueva clase de adoración: una adoración que es en Espíritu y en Verdad.

“Señor, abre mis labios;
y publicará mi boca tu alabanza.
Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría;
no quieres holocausto.”

En la actualidad oímos mucho sobre el sacrificio en el mundo religioso, y cómo se deleita Dios con él. Sacrifique hasta que le duela... dé lo que usted tiene a Dios, y Él lo prosperará. Pero Dios dice que hay algo mejor que el sacrificio, y es la “obediencia.” “Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios....” Dios dice que, en realidad,

sólo hay una clase de sacrificio aceptable. Si esta clase de sacrificio está allí, entonces los demás serán aceptables a su tiempo y en su lugar. Pero el de esta clase es absolutamente importante:

“Los sacrificios de Dios
son el espíritu quebrantado;
al corazón contrito y humillado
no despreciarás tú, oh Dios.”

En conclusión, me gustaría hacer énfasis en unas pocas cosas, a modo de mayor estímulo para el pueblo de Dios en los caminos del Señor. El corazón suyo da testimonio de lo que estamos diciendo, y clama por la realidad. Usted se pregunta qué podría hacer para darse prisa en las buenas obras que usted sabe que Dios ha empezado. Dios tendrá que hacernos saber que no hay atajos para el pueblo del Camino. De hecho, Él los lleva, por lo general, por el camino “largo.” En nuestra impaciencia por apresurarnos en la obra del Señor, podemos muy bien obstaculizar la producción del precioso fruto que Dios desea producir en la vida suya y en la mía. Tenemos que saber y entender que se trata de la obra de Dios, y no de la nuestra. Y Él sí exige que nos sometamos simplemente a Sus tratos, y que hagamos de Su Potestad el máximo propósito de nuestras vidas. El conflicto está en nuestra incapacidad para darle a Él esa Potestad por mero empeño humano. El Dios que propuso y planeó, debe ser también el Dios que haga existir lo que Él ha deseado.

Con mucha frecuencia, pienso que andamos solos y en tinieblas; pero Su presencia está muy

cerca, aun cuando no nos demos cuenta de ello. Los discípulos que iban por el camino de Emaús estaban seguros que Jesús estaba muerto; sin embargo, Jesús iba andando a su lado todo el tiempo, confortando sus corazones y asegurándoles que nada de lo que había ocurrido era contrario a las Escrituras, ni al plan, ni al propósito de Dios. ¿Por qué no se dio a conocer y se manifestó claramente allí y entonces? Porque Él estaba esperando el momento del “*partimiento del pan.*” Entonces se abrirían sus ojos, y ellos LE CONOCERÍAN. ¿Estamos dispuestos, entonces, a llegar a ser ese pan partido en Sus manos para que la Luz de Su gloria pueda resplandecer?

Siendo joven recuerdo cómo buscaba encarecidamente al Señor por el don y el ministerio que estaba seguro que Él tenía para mí. Pero en esa ocasión particular, la única Palabra que pude conseguir... y que me vino una y otra vez, y de varios modos... fue este pasaje de Miqueas 6:8:

“Oh hombre, él te ha declarado qué sea lo bueno, y qué pide de ti el SEÑOR:
solamente hacer juicio recto,
y amar misericordia,
y humillarte para andar con tu Dios.”

En el momento, recuerdo cómo era de claro esto; y supe que Él me estaba hablando. Pero, de algún modo, no podía aceptarlo del todo como la respuesta absoluta a mi búsqueda. En realidad, yo quería saber acerca del don y del llamamiento de Dios que sentía habían permanecido en mi vida desde los primeros recuerdos de mi niñez.

Y así, durante años y años estuve esperando el momento oportuno en que yo creía que Dios me enviaría en un ministerio. No comprendía que el ministerio NO es algo donde usted entra o sale, sino algo que Dios quiere que usted llegue a ser. Creo que ahora comprendo un poco mejor. Ahora me doy cuenta que no puede haber un llamamiento más alto para cualquier hombre, mujer, muchacho o muchacha, distinto al llamamiento y al ministerio que fluye de una vida que sencillamente anda en humildad delante de Dios. Porque no se puede andar con Dios sin participar de Su naturaleza y de Su carácter, y llegar a conocerle como Él es realmente. Por tanto, Moisés oró:

“...te ruego que me muestres TU CAMINO, para que TE CONOZCA...” (Éxodo 33:13).

No hablo como alguien que haya conseguido, de alguna manera, sobrepasar a los demás... sino como cualquiera que está en confraternidad con los demás... para que podamos seguir juntamente con Dios. Caleb y Josué no pueden establecerse en su herencia hasta cuando lleven al pueblo de Dios a la de ellos. Los sacerdotes del Señor deben permanecer en el lecho del Jordán, mientras el pueblo de Dios cruza el río a pie seco... y entra realmente en la tierra antes que lo hagan los sacerdotes. El propósito y el fin del verdadero ministerio es hacer que se produzca un verdadero ministerio sacerdotal en los demás.

Por tanto, deseamos grandemente la confraternidad del pueblo de Dios. (No queremos decir con esto que esperamos encarecidamente las uniones y

reuniones que tengan como objetivo mucha música y cantos bastante ruidosos para pasar juntos un rato agradable y entretenido). Por confraternidad queremos decir lo que Juan quiso decir:

“Si andamos en luz, como él está en luz, TENEMOS COMUNIÓN unos con él, entre nosotros....”

¡Cómo anticipamos y anhelamos tal confraternidad! Congregados hacia Él, persiguiendo unánimemente la Visión de Dios: Que podamos adorarle en Espíritu y en Verdad, que podamos ser un pueblo *“para alabanza de Su gloria,”* que podamos ser conformados a imagen y semejanza de Su Hijo, que podamos ser el Pan de Dios en Sus Manos: benditos solamente para que podamos llegar a ser una bendición para los demás... quebrantados para que Él pueda hacerse conocer a Sí Mismo.

Toma el librito, y cómelo

Creemos que estamos viviendo en el día de la apertura del séptimo sello, y que nos estamos acercando rápidamente a la hora del toque de la séptima trompeta. No pongo en duda que el Libro del Apocalipsis es para toda la Era de la Iglesia, pues de otro modo, ¿por qué razón tendría Dios que amonestar a Su pueblo para que lo “lea” y para que sea “bienaventurado” leyéndolo, si no era para ellos? Pero los siete truenos parece que tienen una significación especial para el fin de los tiempos, porque a Juan no le fue permitido que revelara lo que fue dicho. Esto no tendría un significado vital para el pueblo de su época, como sí lo tendría para el fin

de los tiempos, cuando el ministerio de Dios va a ser consumado. Pero, Juan es amonestado para que tome el librito que está abierto, y para que lo coma. El librito del Apocalipsis fue dado para los siervos de Dios, pero enviado a Juan, el siervo de Dios – como representante de todos aquellos que son llamados, y elegidos, y fieles. Y así, Juan fue hasta el ángel.

“Y tomé el librito de la mano del ángel, y lo devoré; y era dulce en mi boca como la miel; y cuando lo hube devorado, fue amargo mi vientre” (Apocalipsis 10:10).

David dijo que la Palabra de Dios era más dulce que la miel y que el panal.

Ahora, la así llamada “Verdad del fin de los tiempos” es la misma Verdad que FUE Jesús cuando Él estuvo aquí; porque Él es la Verdad. Pero Jesús, fiel para decir siempre solamente lo que el Padre le mandó que dijera, no declaró ni reveló completamente toda la Verdad cuando estuvo aquí, sino que se guardó “muchas cosas” para revelarlas cuando Su pueblo estuviera listo para ello. El Espíritu de Verdad vendría a morar dentro de Su pueblo, y completaría la obra que Jesús empezó. El Espíritu Santo no regresó al trono después que Él hubo inspirado la escritura del último libro del canon del Nuevo Testamento, sino que Él sigue morando en Su Templo... y sigue revelando al Padre, revelando la Verdad, para manifestar “muchas cosas” que el pueblo no podía soportar en tiempos pasados. No estamos infiriendo que Él esté diciendo cosas que no están escritas en la Biblia. Simplemente, reconozcamos

que hay muchas cosas en ese precioso Libro que permanecen ocultas y oscuras hasta cuando al Espíritu de Dios se le sugiera desde el Trono para que las ponga de manifiesto. Quiera Dios que Sus ministros en todas partes aprendan pronto que ellos sólo tienen autoridad para ministrar lo que el Espíritu está ministrando, PORQUE SOLO ÉL TIENE AUTORIDAD PARA MINISTRAR LO QUE ÉL OYE DESDE EL CIELO: *“Hablará todo lo que oyere.”*

Dios ha sido fiel en la década actual y en las dos décadas anteriores para revelar la “verdad del fin de los tiempos.” ¿La verdad del fin de los tiempos es diferente de las demás verdades? No realmente. Pero debe haber una fase particular del ministerio y de la Verdad revelados en el día y en la hora en que el “ministerio de Dios se consumará.” Y llegará el momento en que Dios diga al pueblo del fin de los tiempos que ha aceptado la verdad del fin de los tiempos: TOMA EL LIBRITO Y CÓMELO. Este mensaje no revelará esa Palabra Viviente para las naciones de la tierra hasta cuando NOS COMAMOS EL LIBRO. Ciertamente, él será “amargo” cuando usted lo digiera, pero es solamente COMIENDO de la Palabra, como Dios pondrá de manifiesto en la hora presente esa Palabra clara, santificada, pura y santa que procede directamente del trono de Dios. No podemos enfatizar lo suficiente el hecho que el Espíritu Santo insistirá, en esta hora, para que el pueblo de Dios se someta a la Potestad de Cristo. No podemos enfatizar suficientemente el hecho que se requiere que los ministros de Dios busquen, en esta hora, al Señor para la gracia y para la capacidad de hablar y de declarar solamente lo que Él, el Espíritu

Santo esté diciendo, y para hacer solamente lo que Él esté haciendo. La amargura que conoceremos al digerir la Verdad, quitará y removerá cualquier deseo de vanagloria de poner de manifiesto nuestro conocimiento ante los ojos de los hombres. La amargura de la Palabra, obrando dentro de nosotros, nos purificará de todos los pensamientos de magnificencia y de grandeza, y nos dejará “mudos” (como a Ezequiel en la antigüedad), hasta cuando llegue la hora en que Dios abra nuestras bocas; y, entonces, podremos decir esa Palabra clara, infalible y directa desde el propio corazón de Dios. Luego, después que la amargura se apoderó de Juan, Dios le dice:

“Necesario es que otra vez profetices referente a muchos pueblos y naciones y lenguas y reyes.”

¡Oh, qué Palabra pura la que se revelará ese día!
¡Una Palabra pura para todas las naciones! Aquí está un pueblo que se ha comido el Libro; y que, conociendo la amargura de la Cruz en sus vidas, han llegado a ser misericordiosos y fieles sacerdotes para los hombres de todo color, tribu y nación. Las hierbas amargas de la Cena Pascual... el hisopo amargo de un espíritu quebrantado y contrito... habrán removido completamente toda la amargura de sus vidas; y ellos mostrarán la misericordia y la compasión de Jesús desde sus vidas. Ellos no serán entretenedores. En su tarea no se apoyarán en “ministerios” de “mimos” ni en “títeres,” ni en “músicos de rock” que hoy andan por ahí en Nombre de Cristo, haciendo mercadería de las cosas sagradas. Estas personas han conocido y han comido las

hierbas amargas, como José en una prisión de Egipto, como Moisés en el desierto de Madián, como David en el desierto de Judea, como Jeremías en el lodazal del calabozo; y, ahora, ellos permanecen ante los pueblos de la Tierra con una Palabra clara y viviente que procede de la boca de Dios.

Dios está diciendo a Su pueblo:

“Yo he sido fiel al darles del Agua de Vida y del Pan de Vida. Ustedes han saboreado mi Palabra y han encontrado que es más dulce que la miel y que el panal.

Por ahora, les digo: Vayan, y tomen el librito y cómanlo, pues de otro modo no les aprovechará. No teman tragarlo y digerirlo. Porque solamente entonces llegará a ser parte del propio ser de ustedes.

Y solamente entonces podrán producir esa Palabra de Vida viviente para las naciones de la tierra....”





LIBROS DISPONIBLES de George Warnock en Español

1. **La Fiesta de los Tabernáculos** – Un estudio de las tres fiestas anuales en Israel, y su cumplimiento en la Iglesia.
2. **Tarde y Mañana** – Cómo Dios nos hace regresar a lo básico, para seguir adelante a nuevos ámbitos en Dios.
3. **Apacienta Mis Ovejas** – Se trata de la naturaleza y responsabilidad del ministerio.
4. **El Hisopo que Nace en la Pared** – Una lección en los Caminos de Dios.
5. **De la Tienda al Templo** – Cómo Dios ha progresado de una tienda a otra para finalmente tomar Su Morada en el hombre.
6. **¿Quién Eres Tú?** – La victoria de la Cruz, y un desafío acerca de nuestra identidad en Sión.

Gloria en Lugar de Ceniza: Serie—

7. Parte I **La Familia de Dios** – Los tratos de Dios con Su Familia escogida, ilustrado en las vidas de José y sus hermanos.
8. Parte II **Un Camino por el Desierto** – Los tratos de Dios con Su pueblo en el desierto.

9. Parte III **El Viaje de la Esposa** – Basado en la historia de Isaac y Rebeca.
10. Parte IV **Reacción en Cadena en los Ambitos del Espíritu** – La Ley del Espíritu de Vida en Cristo Jesús –el único Camino de Dios para Su Iglesia– y la única manera de alcanzar a las naciones.
11. Parte V **El Huerto de Dios** – El Jardinero espera el fruto de Su huerto.
12. **Coronado con Aceite** – El Pueblo de Dios, un Sacerdocio Real en virtud de la Unción.
13. **Siete Lámparas de Fuego** – La plenitud del Espíritu que Dios ha suministrado para la poderosa obra del final de los tiempos, de los vencedores en la Iglesia.



Dirija su pedido al
Teléfono: 346-1419
E-Mail: contacto@fuerzadepaz.com

Santafé de Bogotá, Colombia